

Los Capítulos Interiores de Zhuang Zi

Los Capítulos Interiores de Zhuang Zi

Pilar González España y Jean Claude Pastor-Ferrer

Editorial Trotta, S.A., 1998

ISBN: 84-8164-239-8

Capítulo I

LIBRE CAMINAR

I

Muy al Norte, en el oscuro abismo,
existe un pez. Su nombre es Kun.
¡Es tan inmenso que mide
no se cuántos miles de *li* !
Transformado en pájaro, su nombre es Peng.
¡Es tan inmensa su espalda, que mide
no se cuántos miles de *li* !
Con toda su fuerza emprende el vuelo
y sus grandes alas son como nubes
que cubren los confines del cielo.
Es con la gran marea
cuando Peng parte hacia el Lago Celeste,
en el lejano abismo del Sur.

Así dice el *Libro de las Maravillas*:
"En el mes de junio,
al emprender su vuelo hacia el Sur,
Peng emerge batiendo sus alas contra el agua
sobre una superficie de tres mil *li*,
hasta que un viento poderoso en espiral
lo alza a noventa mil".
Caballos salvajes, polvaredas, criaturas
que respiran soplándose entre sí.
¿Este inmenso azul del cielo es su verdadero color
o es el efecto de la distancia infinita?
Y es que Peng el pájaro, cuando mira hacia abajo,
ve exactamente el mismo azul.

Si el agua es poco profunda
no puede sostener un barco;
pero el agua de un tazón
volcada en un pequeño hoyo
puede hacer un barco
de una simple hoja de hierba.

El tazón se pegaría al fondo,
como un barco demasiado grande
para tan poca agua.
Así, sobre poco aire,
no podrían sostenerse grandes alas.
Por eso Peng se eleva a noventa mil *li*
y apoyado sobre el viento al que cabalga,
con el Cielo arriba, a sus espaldas,
emprende ya sin demora su marcha hacia el Sur.

Una cigarra y una paloma torcaz se burlaban diciendo:
"Cuando iniciamos el vuelo presurosas
por alcanzar un olmo o un sándalo,
a veces caemos a tierra antes de llegar.
¿A santo de qué ascender a noventa mil *li*
y remontar el vuelo hacia el Sur?".
Para quien se va un día al campo
tres comidas serán suficientes
y volverá aún con el estómago lleno;
quien se aleja cien *li* de distancia
llevará provisiones para la noche;
pero quien recorre mil *li*
necesitará alimentos para tres meses.
¡Qué pueden entender estas dos pequeñas criaturas!

Un pequeño saber no puede equipararse a uno grande.
Ni una corta vida a una larga existencia.
¿Cómo se sabe que esto es así?
El hongo que sólo vive una mañana
desconoce el ciclo de la luna.
La cigarra de verano nada sabe
de primaveras ni de otoños.
Así son las pequeñas existencias.
Al sur del estado de Chu
vive la tortuga Min Ling
cuyo otoño es de quinientos años,
de quinientos años también su primavera.
En la remota antigüedad había un cedro
cuyo otoño duró ocho mil años,
y ocho mil años también su primavera.
Así son las largas existencias.
Como Pengzu conocido por su longevidad,
y al que en vano deseáramos imitar.

Las preguntas del emperador Tang a Ji
también eran del mismo género:
"¿Existen los confines del espacio?".
"Más allá de lo ilimitado:
lo ilimitado.
Más allá de lo infinito:

lo infinito - repondió Ji -
En el Lago Celeste,
un abismo oscuro del Septentrión estéril,
habita un pez. Su nombre es Kun.
¡Es tan inmenso, que mide
no se cuántos miles de *li*!
Allí habita un pájaro. Su nombre es Peng.
¡Es tan grande su espalda como la montaña Tai,
y sus alas tan inmensas como nubes
que cubren los confines del Cielo!
Una enorme espiral de viento
como un gran cuerno de carnero
lo eleva a más de noventa mil *li*,
y una vez que traspasa las nubes
cuando sólo el cielo azul se extiende a sus espaldas,
orienta su vuelo hacia el abismo del Sur.
Un gorrión se burlaba diciendo:
"¿Adónde irá ése?
Yo doy un salto hacia el aire
y apenas me elevo, ya desciendo
para revolotear entre la hierba.
Así es el culmen de mi vuelo,
Pero ése ¿adónde irá?".
He ahí la diferencia entre lo grande y lo pequeño.

Inteligencia apropiada para desempeñar un oficio,
conducta ejemplar en la sociedad,
virtud pareja a la del príncipe,
talento suficiente para servir al estado,
todos ellos atributos que hacen a un hombre
tan orgulloso como esas pequeñas criaturas.
Song Rongzi se rió de todos ellos:
que el mundo entero le alabase
o despreciase le traía sin cuidado.
Conocía el límite que separa lo exterior
de lo interior, la frontera que se extiende
entre la gloria y la desgracia.
Eso era todo. Nada podía perturbarle.
Pero no instauró nada nuevo en el mundo.

Lie Zi cabalgaba el viento,
en vuelo ágil y lleno de luz.
Al cabo de los quince días regresaba.
Y aunque ignoraba el ardor de la felicidad
y exento estaba del caminar humano
no pudo librarse de todas las dependencias.

El que sigue la Norma exacta
del Cielo y de la Tierra,
empujado por los seis soplos

que eternamente se transforman;
el que camina libremente por el infinito,
¿de qué podría depender?
Así está escrito:
El Hombre Supremo carece de yo.
El Hombre Divino carece de mérito.
El Hombre Santo carece de fama.

II

Cuando Yao quiso ceder su imperio a Xu You,
le dijo: "El surgir del sol y de la luna
hace inútil la luz de las antorchas.
La caída apropiada de la lluvia
hace vano el riego de los campos.
Sube tú al trono y así el mundo
estará bien gobernado.
Yo no soy apto para ello
y mientras siga en el poder
sólo veré mis fracasos.
Te lo ruego: toma el mando".

Y Xu You le contestó:
"Señor, tú gobiernas el mundo
y el mundo está bien gobernado.
¿Tan sólo para ganar renombre
voy yo a ocupar ese puesto?
El renombre no es más que el huésped de lo real.
Yo, ¿un simple huésped?
Cuando el pájaro troglodita
construye en el bosque su nido,
una ramita le basta.
Cuando el topo bebe en el río,
toma lo justo para saciar su sed.
Señor, vuelve a tu trono.
¿Qué puedo yo hacer
con las riendas del mundo?
Si el cocinero falta a su oficio,
el que representa a los muertos
y el que invoca en los sacrificios
no abandonan ofrendas ni vino sagrado
para reemplazarle en su puesto".

Jianwu comentó a Lian Shu:
"He oído a Jie Yu,
y sus palabras me causan pavor.
Son palabras grandiosas pero no reales,
tan lejanas que jamás retornan,
como la Vía Láctea sin contornos,
tan inconmensurables que ignoran

todas las cosas del mundo".

Y Lian Shu le preguntó qué decían esas palabras.

"Decían que en la misteriosa montaña Gushe
viven unos seres divinos
cuya blanquísima piel brilla como el hielo.
Tan tímidos y dulces como jóvenes doncellas.
No comen los cinco cereales,
beben rocío y respiran viento.
Cabalgan sus dragones
por encima de las nubes
y se dirigen más allá de los Cuatro Mares.
Concentrando su espíritu,
pueden curar enfermedades
y hacer que maduren las cosechas.
Yo, de todas estas locuras,
no creo ni una sola palabra".

Entonces Lien Shu le respondió:
"¡Claro! ¡Cómo un ciego iba a apreciar ornamentos y colores!
¡Cómo un sordo iba a escuchar campanas y tambores!
No sólo el cuerpo puede no ver y no oír.
No sólo los ojos enceguecen.
No sólo ensordecen los oídos.
Así también la inteligencia
ciega y sorda puede estar,
como lo muestran tus palabras.
Un hombre de tal Virtud
funde los Diez Mil Seres
en su Unidad primera.
Y aunque el mundo se lo exija,
¿cómo va él a dignarse
gobernar sobre la tierra?
A un hombre así nada puede herirle.
Aunque las olas lleguen al Cielo,
él no se ahogaría.
Aunque por una gran sequía
se disuelvan piedras y metales,
se calcinen tierras y montañas,
las llamas no le alcanzarían.
Tan sólo de su cuerpo convertido en polvo
los grandes Yao y Shun renacerían.
¡Para qué iba él a ocuparse
de las cosas del mundo!".

Como aquel hombre de ong
que quiso vender sombreros en la ciudad de Yue.
Pero sus habitantes, de cabeza rapada
y cuerpo tatuado, no los necesitaban.

O como Yao, que instauró el orden
y la paz por todas partes,
y cuando visitó a los Cuatro Sabios
del Monte Gushe, al norte del río Fen,
olvidó su imperio para siempre.

III

Hui Zi dijo a Zhuang Zi:
"El rey de Wei me dio una semilla de calabaza.
Cuando ésta creció, era tan enorme
que no servía ni de cántaro para agua:
¡imposible levantarla!
La partí para hacer cazos,
pero incluso éstos resultaban demasiado grandes.
Así que la rompí en pedacitos".

Zhuang Zi respondió:
"No sabes hacer uso de lo grande.
Un hombre de Song inventó un bálsamo para manos cortadas.
Por generaciones, su familia lavaba y blanqueaba la seda.
Un forastero se interesó por la receta
y le ofreció cien piezas de oro.
El inventor dijo a su familia:
"Desde hace años, lavando seda
no ganamos apenas unas monedas
y en sólo una mañana podemos ganar cien piezas de oro.
¡Vamos pues a venderla!".
El forastero, después de adquirirla,
se la ofreció al rey de Wu;
éste, agradecido, le nombró general
de la flota contra Yue.
En pleno invierno consiguió una victoria
y como recompensa obtuvo un feudo.
El bálsamo para no agrietarse las manos,
a uno le sirvió para lavar la seda,
a otro para obtener un feudo.
Todo depende de la utilidad que se le dé.
Esa enorme calabaza que tenías,
en lugar de quejarte de sus defectos,
¿por qué no la usaste como balsa
para navegar por lagos y por ríos?
¡Desde luego que eres obtuso!".

Hui Zi dijo:
"Tengo un gran árbol al que llaman ailanto,
de tan nudoso tronco y ramas tan retorcidas,
que escuadra, cuerda y compás no pueden medirlo.
Se yergue al borde del camino,
pero a ningún carpintero le interesa.

Igual que tus palabras, itan grandes,
tan inútiles, que no sirven para nada!".
A lo que Zhuang Zi respondió:
"¿No has visto a la comadreja
cómo se agacha y se encorva
para atrapar a su presa?
¿Cómo salta hacia el este y el oeste,
hacia arriba y hacia abajo,
aunque un día caiga en la trampa
y acabe por morir en la red?
En cambio ese yak,
tan grande como una nube
que cubre los confines del cielo,
incapaz es de atrapar un ratón.
Este árbol, del que lamentas su inutilidad,
¿por qué no lo plantas en las extensas
llanuras de la nada?
Paséate bajo él y duerme bajo su sombra.
Nunca conocerá los golpes del hacha
ni sufrirá daño alguno.
Su estado es lo inútil.
¿Qué podría entonces perturbarlo?".

Capítulo II

IDENTIDAD DE LAS COSAS Y LOS DISCURSOS

I

Ziqi de Naguo, reclinado en su diván,
Hacia el cielo suspiraba extasiado,
como privado de su cuerpo.
Yancheng Ziyou, de pie a su lado,
le preguntó: «¿Qué te ocurre?
¿Cómo has podido convertir
tu cuerpo en un tronco seco,
y en cenizas muertas tu mente?
¡El hombre aquí ahora mismo tumbado
no es el hombre de ayer!».

Y Ziqi respondió:
«¿Sabes? Hace un momento he perdido mi yo.
Aunque oigas la música de los hombres,
no oyes la música de la tierra.
Aunque oigas la música de la tierra,
no oyes la música del cielo».

Ziyou quiso entender ese misterio.

«Viento es lo que exhala la Tierra respirando
- dijo Ziqi -. Inmóvil hasta que se levanta
y braman con furia todas las oquedades.
Allí, en las montañas,
en los bosques profundos,
las hendiduras de los gigantes troncos
son como narices, bocas, orejas,
muescas, tazas, morteros,
hoyos y hondonadas: todos ellos
susurran, silban, chillan,
sollozan, rugen, vociferan.
Unos llaman y otros son eco.
Unos son dulce brisa, otros
huracán desaforado.
Cuando el viento poderoso se detiene,
las oquedades se vacían de silencio.
¿No has visto tú la danza última
de las hojas, de las ramas
el último temblor?» .

Ziyou replicó entonces:
«Si la música de la Tierra
proviene de estas oquedades;
y si la música de los hombres
proviene de las flautas de bambú;
¿de dónde viene la música del Cielo?».

«La música del Cielo - dijo Ziqi -
¿de dónde viene ese soplo múltiple y plural
que penetra en cada cosa
y que cada cosa inhala por sí misma?».

II

El gran Saber todo lo abarca
El pequeño todo lo divide.
Las grandes palabras son fuego.
Las pequeñas, balbuceos inútiles.
Durante el sueño,
las almas de los hombres
se funden, se entremezclan.
En la vigilia,
los cuerpos se despiertan y se animan.
En el contacto con las cosas,

el corazón del hombre se enreda y lucha:
prudencia, astucia, calma.
Los pequeños miedos le inquietan.
Los grandes le paralizan.
Rápido como una flecha
se lanza a distinguir la verdad de la mentira.
Obstinado como el que ciegamente jura
y se aferra a la victoria.
Igual que en otoño e invierno,
se apagan los días del hombre.
En el mar de sus actos, ya hundido,
nada puede hacerle emerger.
Su corazón lacrado se marchita,
Así llega a la vejez,
hacia la muerte.
Su luz ya no renace.
Alegría, cólera,
tristeza, placer,
lamento, inquietud,
inconstancia, perseverancia,
descuido, ligereza,
insolencia, afectación.
Música que brota del silencio.
Hongos que nacen de la humedad.
Los días se alternan con las noches;
nadie sabe el cómo ni el porqué.
¡Basta, basta!
¿Acaso podemos conocer
el origen de todo lo que cabe
entre un día y una noche?

Sin lo otro, no hay yo.
Sin el yo, nada se manifiesta.
Sí, cerca estamos del origen,
pero desconocemos Aquello
que todo lo hace y lo comienza.
Quizás haya un Dueño verdadero:
ninguna traza hay de su existencia.
Real, pero invisible.
Creemos en sus actos
aunque no vemos su figura.

De los cien huesos de que un cuerpo se compone,
de los nueve orificios,
de las seis vísceras,
¿cuál es el más amado?
¿Se les ama a todos por igual?
¿Hay alguna preferencia?
¿Son todos ellos súbditos?
¿Son todos ellos amos?
¿O se alternan en su poder

como servidor y soberano?
¿Hay entre ellos un Dueño verdadero?
Aunque lo hubiera,
nuestra ignorancia de él,
nuestro conocimiento de él,
no afectarían en nada a su auténtica Verdad.

Cuando una forma nos ha sido dada,
persiste hasta que la vida se agota.
Nos cortamos con el filo de las cosas.
Nos evitamos mutuamente.
Veloces como caballos galopando.
Incontenibles. ¿No es una lástima?
Esforzarse sin ver el fruto del trabajo.
Agotarse y no saber a dónde regresar.
¿No es triste? Ser inmortales ¿para qué?
El cuerpo se corrompe,
así también el espíritu.
¿Podemos negar ese inmenso dolor?
¿La vida del hombre es tan absurda?
¿O es que soy el único que lo piensa,
yo, el más absurdo de entre todos?

III

El hombre se conforma a lo prefijado por su mente
y lo toma por maestro.
¿Quién es el hombre extraordinario que se priva de ello?
¿O sólo el hombre que penetra la alternancia de las cosas
lo toma por maestro?
Así también el necio,
cuando admite que afirmación y negación
preceden a lo fijado por su mente.
Tan ilógico como partir hoy para Yue y llegar ayer,
o afirmar que es visible lo invisible.
Y aunque ello fuera cierto,
si ni siquiera Yu el divino podría entender ese misterio,
¿cómo iba a entenderlo yo!

La palabra no está hecha sólo de aire,
la palabra tiene un decir,
pero lo que dice no es nunca fijo.
¿En verdad existen las palabras?
¿En verdad se diferencian del piar de los pájaros?
¿Quién ha ensombrecido el Tao,
distinguiendo la verdad de la mentira?
¿Quién ha confundido a las palabras

distinguiendo afirmación de negación?
¿Dónde se encuentra el Tao ausente?
¿Dónde las palabras imposibles?
Tras los mínimos acontecimientos
el Tao se esconde.
Tras su máximo esplendor
las palabras se ocultan.
Así, confucianos y moístas
niegan y afirman,
afirmando lo negado,
negando lo afirmado.
Pero si deseas la afirmación negada,
la negación afirmada,
nada puede compararse a la Iluminación.
En las cosas mismas existe el esto
y el aquello.
Si partimos del aquello
no entenderemos nada.
Si partimos del esto
lo alcanzaremos todo.
Escrito está:
aquello surge de esto,
esto depende de aquello.
El esto y el aquello
unidos nacen.
Lo que ya es vida ya es muerte.
Lo que ya es muerte ya es vida.
Lo que ya es posible es imposible.
Lo que ya es imposible ya es posible.
Porque lo que se puede afirmar,
se puede negar.
Porque lo que se puede negar,
se puede afirmar.
El Santo no va por este camino.
Él ilumina las cosas con la luz del cielo.
y todo lo aprueba, toda circunstancia.

Esto y aquello se sustituyen uno al otro.
En el esto se reúnen un sí y un no.
En el aquello se reúnen un sí y un no.
¿Es que hay en verdad un esto y un aquello?
¿Es que no hay en verdad un esto y un aquello?
El punto en donde esto y aquello
neutralizan su oposición
es el núcleo del Tao:
el centro de un círculo que irradia
infinitas respuestas.
Infinito es el sí.
Infinito es el no.
Escrito está:
nada es comparable a la Iluminación.

IV

Mejor que mostrar con un significado
que el significado no es significado,
utiliza el no significado para demostrarlo.
Mejor que mostrar con un caballo
que el caballo no es el caballo,
utiliza el no caballo para demostrarlo.

Cielo y tierra: un significado.
Los Diez Mil Seres: un caballo.

Lo admisible proviene de lo admisible.
Lo inadmisibile proviene de lo inadmisibile.
El Tao es el camino que forman nuestros pasos.
El nombre de las cosas
es el nombre que nosotros les damos.
Es así porque puede ser posible.
No es así porque puede no ser posible.
Es así porque es así.
No es así porque no es así.
¿Por qué es así?
Porque es así.
¿Por qué no es así?
Porque no es así.
¿Por qué puede ser así?
Porque puede ser así.
¿Por qué puede no ser así?
Porque puede no ser así.
Toda cosa posee inherente su propia naturaleza.
Toda cosa tiene su propia posibilidad.
Nada hay sin su naturaleza,
y nada sin su posibilidad.
Así, por extrañas o insólitas que las cosas sean,
viga o rama,
belleza como la de Xi Shi,
o extrema fealdad,
el Tao todo lo disuelve unificándolo.
Lo que se divide, se forma.
Lo que se realiza, se destruye.
En la división está el acabamiento del ser.
En el acabamiento del ser, su destrucción.
Separar es formar.
Formar, destruir.
Pero nada se forma ni se destruye,

porque todo se disuelve en lo Uno.

Sólo el saber del hombre penetrante
unifica las cosas.
No afirma nada
y permanece en lo usual.
Lo usual es lo útil;
lo útil es lo intercambiable.
Lo intercambiable, unifica,
lo que unifica, alcanza,
lo que alcanza, se acerca
y la afirmación cesa.
Este final del que ignoramos el porqué
es lo que llamamos Tao.

Pero el que fatiga su espíritu
en comprender la Unidad
sin reconocer las semejanzas,
a eso se le llama «tres por la mañana».
¿Por qué se llama así?
Un criador que alimentaba a sus monos
dijo a éstos:
«Tres castañas por la mañana
y cuatro por la tarde».
Los monos se enfurecieron.
«Está bien - les dijo -,
entonces cuatro por la mañana
y tres por la tarde».
Y los monos saltaron de alegría.
Nada había cambiado:
ni la realidad ni las palabras;
pero su utilidad provocó
cólera primero y alegría después,
porque se adaptó a las circunstancias.
Así el Santo armoniza negación y afirmación
y descansa en la Rueda Celeste.
Esto se llama: «andar por dos caminos».
El saber de los hombres antiguos
llegó a un límite. ¿Cuál?
Unos pensaban que en el comienzo no había seres.
Conocimiento puro y supremo. Nada más que añadir.
Otros pensaban que había seres,
pero no límites.
Otros que había límites,
pero no diferencias entre negar y afirmar».
Negar-afirmar,
ésta es la causa de la decadencia del Tao.
La decadencia del Tao:
cuando el amor divide y culmina.
Decadencias, culminaciones
¿existen verdaderamente?

Sí, existen:
Zhao lo demuestra cuando toca su laúd.
No, no existen:
Zhao lo demuestra cuando no toca su laúd.
Zhao Wen tocando su laúd,
el maestro Kuang sosteniendo su batuta,
Hui Zi meditando apoyado sobre un árbol.
Todos ellos perfeccionaron su arte
hasta el final de sus días.
Fue su amor lo que les diferenció del mundo,
lo que les empujó
a iluminar a los otros.
Iluminar lo no iluminado:
entrar a la oscuridad de lo «blanco y lo duro».
Por eso, siguiendo a su padre,
el hijo de Zhao Wen murió sin alcanzar nada.
¿Podemos llamar a esto culminación?
Entonces yo, inacabado, soy ella.
¿O no podemos llamarlo así?
Entonces ni yo ni nadie lo somos.
Así el Santo desdeña el fulgor
de la ilusión y de la duda.
No afirma nada y permanece en lo usual.
Esto significa la Iluminación.

V

Ahora bien, si dijera cualquier cosa,
¿diferiría de una afirmación?
Lo que difiere y lo que no difiere
son de la misma categoría.

Sin embargo, déjame decirte:
Hay un origen.
Hay el no origen del origen.
Hay el no origen del no origen del origen.
Hay la presencia. Hay la ausencia.
Hay el no origen de la ausencia.
Hay el no origen del no origen de la ausencia.
De repente: presencia de la ausencia.
Ya no sé cuál es cuál.
Sí, acabo de hablar.
¿Pero he afirmado yo algo
o no he afirmado nada?

Nada hay más grande que la punta de un cabello del otoño.
Nada más pequeño que la enorme montaña Taishan.

Nadie más longevo que un recién nacido muerto.
Nadie más prematuramente muerto que el longevo Pengzu.
El Cielo y la Tierra han nacido conmigo
y los Diez Mil Seres conmigo son Uno.
Ahora que ya todo es Uno
¿para qué decir algo?
Cuando digo que todo es Uno
¿no utilizo la palabra?
Uno más palabra son dos.
Dos más uno son tres.
Si siguiéramos así,
el más experto contable no acabaría nunca,
y mucho menos una persona cualquiera.
Así, si llegamos de la ausencia a la presencia
y de la presencia al tres,
¿adónde llegaríamos a partir de la presencia?
Parémonos y lo afirmado cesa.

El Tao nunca ha tenido límites
La palabra nunca ha tenido normas.
Pero la afirmación tiene sus límites.
Déjame decirte cuáles son.
Hay derecha, hay izquierda,
hay reflexión, hay debate,
hay división, hay discriminación,
hay rivalidad, hay pelea.
Éstos son los ocho poderes.
De más allá del Universo,
el hombre Santo sabe pero no habla.
De más acá del Universo,
el hombre Santo habla pero no discute.
De los Anales de los antiguos reyes
el hombre Santo discute
pero no debate.
Debatir:
desprenderse de lo que no puede ser debatido.
¿Qué quiere decir esto?
El hombre Santo
todo lo acoge en su seno.
El hombre común
debate para ponerse en evidencia.
Por eso digo: el que debate, nada alcanza.
El Tao supremo es innombrable.
El Debate supremo, mudo.
La suprema Bondad ignora el bien.
La Probidad suprema nada guarda.
El Coraje supremo nunca agrade.
El Tao que se ilumina ya no es Tao.
La palabra que debate nada alcanza.
La bondad que perdura no es perfecta.
La brillante probidad no es creíble.

El coraje que agrede es inmaduro.
Son cinco realidades perfectas como el círculo,
pero se deforman en cuadrados.

El saber que permanece en la ignorancia
es lo más alto.
¿Quién puede conocer el Debate
Callado, el Tao impronunciable?
Si alguien es capaz de conocerlo algún día,
eso es lo que se llama el Tesoro Celeste.
Por mucho que derrames en él,
nunca se llenará.
Por mucho que saques de él,
nunca se agotará.
Misteriosa es la fuente en donde brota
porque es la llamada Luz Oculta.

VI

Antiguamente el emperador Yao
preguntó a Shun:
«Es mi deseo someter a los Zong,
a los Kuai y a los Xu Ao.
Pero me siento inquieto en mi trono.
¿Cuál puede ser la causa?».

Y Shun le respondió:
«Estos tres reinos
perdidos entre los matorrales
¿cómo pueden inquietarte?
En otros tiempos diez soles surgieron
y los Diez Mil Seres brillaron.
¿Acaso la Virtud de un hombre
no ilumina más que la luz del sol?».

Nie Que preguntó a Wang Ni:
«¿Conoces algo que sea afirmado por todos?».

«¿Cómo puedo yo saberlo?» - contestó Wang Ni.

«¿Pero sabes que lo ignoras?».

«¿Cómo puedo yo saberlo?».

«¿Entonces, nada puede conocerse?».

«¿Cómo puedo yo saberlo? - insistió Wang Ni -.

De todas formas, te diré algo:

¿Cómo puedo yo saber

que lo que se llama conocimiento

no es ignorancia,

que lo que se llama ignorancia

no es conocimiento?

Si un hombre se acuesta sobre mojado,

sus riñones no lo resistirían;

¿ocurriría esto con un pez como la locha?

Si un hombre se sube a un árbol,

temblará por miedo a caerse;

¿ocurriría esto con un mono?

¿Cuál de los tres conoce el lugar perfecto?

Los humanos se alimentan de herbívoros,

de heno se alimentan los alces y los ciervos.

A los ciempiés les encantan las serpientes.

Las lechuzas y los cuervos se comen los ratones.

Pero ¿cuál de los cuatro posee el gusto perfecto?

El mono se apareja con los monos;

la locha con los peces;

y sin embargo, al ver a Maoqiang y Li Qi,

beldades admiradas por el hombre,

los peces asustados se sumergen,

los pájaros se espantan,

los ciervos huyen.

¿Cuál de estos cuatro distingue la belleza perfecta?

Creo que la verdad y la mentira

son todo oscuridad y confusión inextricable.

¿Cómo podría yo diferenciarlas?».

Nie Que preguntó:

«Tú no conoces la benevolencia ni la justicia,

¿pero el Hombre Supremo las desconoce también?».

«¡El Hombre Supremo es un espíritu! - dijo Wang Ni -.

Aunque los grandes bosques ardan,

él no se quema.

Aunque los ríos He y Han se congelen,

él no siente ningún frío.

Aunque el rayo quiebre las montañas,

él no se asombra.

Aunque el huracán azote los océanos,

él no siente ningún temor.

Un ser así, por encima de las nubes,
cabalga la luna y el sol
y se pasea más allá de los Cuatro Mares.
Vida y muerte no le alteran
y menos aún los principios
del beneficio o del daño».

Qu Quezi preguntó a Zhang Wuzi:
«He oído decir al Maestro:
"El Santo nada persigue,
ni busca beneficios,
ni evita el daño.
No ama requerimientos
ni se encierra en doctrinas.
Sin decir nada, dice algo.
Diciendo algo, nada dice.
Vaga más allá del polvoriento mundo".
Aunque el Maestro considere estas palabras
fútiles e inconsistentes,
para mí son el camino del más grande Tao.
¿Qué piensas tú?».

Zhang Wuzi contestó:
«Si el propio Emperador Huangdi
se habría ofuscado al oírlo,
¿cómo iba a entenderlo Confucio!
Tú, sin embargo, te apresuras.
Ves el huevo y ya quieres el gallo.
Ves la ballesta y ya quieres asada la lechuza.

Y ahora, ¿quieres escucharme
con la misma ingravidez que mis palabras?
Con el sol y la luna a cada lado
guarda en tu seno al universo todo.
Deja a un lado oscuridad y confusión.
Lo mismo es el noble que el esclavo.
El pueblo se agita y se consume.
El Santo se aquieta y permanece
impávido, abraza los milenios
y en lo Uno instala la pureza.
Son los Diez Mil Seres como son,
todos reunidos en lo Indiferenciado.
¿Cómo puedo yo saber
que amar la vida no es una trampa?,
¿que odiar la muerte no es extraviarse,
como un niño se pierde al regresar a casa?
Li era la hija de Ai, un guarda fronterizo.
Cuando el rey del país de Jin se apoderó de ella,
las lágrimas mojaron su vestido.

Pero una vez que llegó a palacio,
y compartió con el rey el mismo lecho,
y se alimentó de exquisita carne,
se arrepintió entonces de sus lágrimas.
¿Cómo puedo yo saber
si los muertos se arrepienten
de desear antes la vida?

Quien sueña con un banquete
se despierta con lágrimas.
Pero quien sueña con lágrimas
se despierta con cacerías en la aurora.
Quien sueña, ignora que sueña.
Quien dentro de un sueño
sueña que sueña,
al despertar sabe que todo era un sueño.
Sólo en el Gran Despertar
se revela el Gran Sueño.
Los estúpidos creen que están despiertos,
y que saben ellos mismos quiénes son:
príncipes o pastores. ¡Qué obtusos!
Confucio y tú no sois más que un sueño
y yo que lo digo soy un sueño también.
Todo esto tiene por nombre: el misterio.
Dentro de muchos siglos,
un Santo revelará todo en el espacio de un día.

Durante un debate, si tú triunfas y yo pierdo,
¿tú estás en la verdad y yo en lo falso?
Si yo triunfo y tú pierdes,
¿yo estoy en la verdad y tú en lo falso?
¿Ambos estamos en la verdad?
¿Ambos estamos en lo falso?
Ni tú ni yo podremos saberlo.
Y los demás, a oscuras, tampoco.
¿A quién llamar para resolverlo?
¿A uno de tus aliados?
Estando de tu parte ¿cómo podría juzgar?
¿A uno de los míos?
Estando de mi parte ¿cómo podría juzgar?
¿A alguien que no estuviera
de tu parte ni de la mía?
No, por exceso de alejamiento.
¿A alguien que estuviera de tu parte y de la mía?
No, por exceso de cercanía.
Y si ni yo ni nadie puede saberlo,
¿buscaremos a alguien más?

¿Qué significa "conformarse a la Norma Celeste"?
Afirmar la negación. Admitir lo que no es así.

Si la afirmación verdaderamente afirma,
su alejamiento de la negación excluye todo debate.
Si el "así" es verdaderamente "así",
su distancia del "no es así" excluye todo debate.
Debatir en la reciprocidad
como si la reciprocidad no existiera.
Conformarse a la Norma Celeste
y al cambio ilimitado.
Así, agotar los años.
Olvidar la sucesión en el tiempo,
la distancia en el espacio.
Remontarse a lo infinito
y en lo infinito
asentarse y reposar».

VII

Penumbra preguntó a Sombra:
«Hace un momento estabas caminando,
ahora estás quieta.
Hace un momento estabas sentada,
ahora estás de pie. ¿Por qué no te decides?».
Sombra respondió:
«Para ser ¿no dependo yo de algo?,
y eso de lo que yo dependo
¿no depende a su vez de algo más?
¿No soy yo como la serpiente
que depende de sus escamas
o la cigarra que depende de sus alas?
¿Cómo puedo yo saber por qué es así
o por qué no es así?».

Una noche, Zhuang Zhou
soñó que era una mariposa,
revoloteando feliz y contenta de serlo.
Pero no sabía que era Zhou.
De pronto, Zhuang Zhou se despertó,
sorprendido de ser él mismo.
Ya no sabía si era una mariposa
que soñaba ser Zhuang Zhou
o Zhuang Zhou que soñaba ser una mariposa.
Entre mariposa y Zhuang Zhou
hay una diferencia.
Eso es lo que se llama
«transmutación de los seres».

Capítulo III

NUTRIR EL PRINCIPIO VITAL

I

Mi vida tiene límites.
El saber no los tiene.
Si nosotros, limitados,
perseguimos lo ilimitado,
corremos un peligro: detenernos.
Si nosotros, detenidos,
anhelamos aún sabiduría,
corremos un peligro mayor.
El que obre el bien, que rechace el éxito.
El que obre el mal, que evite el castigo.
Sigue tu centro y haz de eso tu ley.
Tu cuerpo estará a salvo,
tu vida será plena,
tu vitalidad preservada
y tus años agotados.

II

Ding el cocinero
descuartizó un buey para Wen Hui.
Primero golpeó la carne con las manos,
enderezó la espalda,
y pisando fuerte contra el suelo
hincó una rodilla sobre el buey,
y entonces su cuchillo hendía izum!,
cortaba izas!, partía icrac!,
danzando al ritmo de la canción
"sang-lin", danzando al ritmo
de la canción "jing-shou".
"¡Qué maestría!
¡Has llegado a la cima de tu arte!", exclamó Wen Hui.

El cocinero Ding, dejando el cuchillo, replicó:
"Más allá de toda habilidad,
sólo existe el *Tao* para tu humilde servidor.
Al comienzo de mi trabajo sólo veía el buey.
Tres años más tarde ya casi no lo veía.

Ahora, trabajo con mi espíritu
y no con mis ojos.
Allá donde el conocimiento
y los sentidos se detienen,
el espíritu es el que actúa.
Sigo la estructura corporal de la res,
penetro en las articulaciones,
no toco ni una arteria ni un tendón
y menos aún los grandes huesos.
Un buen cocinero
cambia de cuchillo una vez al año,
porque corta con él.
Un mal cocinero
cambia de cuchillo una vez al mes,
porque desgarrar con él.
Con este cuchillo,
desde hace diecinueve años,
he descuartizado mil bueyes
y su hoja está como recién afilada.
Entre las junturas: un intersticio,
el espacio suficiente para que la finísima hoja
penetre y se deslice.
Por eso, tras diecinueve años de uso,
mi cuchillo tiene una hoja perfecta.
Pero si me encuentro con un nudo complicado,
con una juntura difícil,
me pongo en guardia y tomo mis precauciones.
Muevo la hoja del cuchillo lentamente
hasta que...izas!,
de un solo corte la juntura se separa;
el animal se descuartiza, se desploma
como un montón de tierra.
Entonces, de pie con mi cuchillo, me yergo,
miro a mi alrededor satisfecho de mí mismo;
limpio la hoja y lo guardo".

"¡Excelente! -exclamó Wen Hui-.
Escuchando tus palabras,
he aprendido a nutrir el Principio vital".

III

Gongwen Xuan, viendo al Comendador de Derecha,
dijo sorprendido:
"¿Qué clase de hombre eres
que sólo tienes un pie?
¿Es causa del Cielo o de los hombres?".

"Es obra del Cielo y no de los hombres -contestó-.

Es el Cielo quien ha hecho
que nazca con un solo pie.
La forma le es dada a los hombres.
Por eso sé que es causa del Cielo,
y de nadie más".

El faisán de los pantanos,
cada diez pasos, picotea,
cada cien pasos, toma un sorbo de agua.
No desearía nunca estar encerrado en una jaula
aunque le trataran como a un rey.
Jamás sería feliz.

Cuando Lao Dan murió,
Quin Shi fue a presentar sus condolencias,
suspiró tres veces y partió.
Un discípulo le preguntó:
"¿No eras tú amigo del Maestro?".
"Sí", contestó.
"¿Y es ésta la manera apropiada de condolerse?".
"Sí. Antes le consideraba un hombre Supremo,
pero ahora ya no lo es.
Acabo de entrar para rendirle homenaje,
y he visto que los viejos le lloraban
como si lloraran a sus hijos,
he visto que los jóvenes le lloraban
como si lloraran a su madre.
Algunos de entre los reunidos,
aunque no deseaban hablar, hablaban,
aunque no deseaban llorar, lloraban.
Eso es huir del Cielo y la Verdad,
desdeñar sus dones.
"Huir del Cielo es una ofensa", decían los Antiguos.
En su momento el Maestro llegó.
Siguiendo su rumbo, el Maestro se fue.
Si te conformas al tiempo
y continúas el rumbo marcado,
ni el dolor ni la alegría podrán penetrarte.
Esto es: "deshacer el nudo que nos ata",
como decían los Antiguos.

Aunque la antorcha se apagó,
el fuego continúa propagándose.
Mas nadie sabe cuándo acabará
de consumirse.

Capítulo IV

MUNDO DE HOMBRES

I

Con el fin de viajar, Yan Hui
pidió permiso a Confucio.
"¿Dónde vas?" -preguntó el Maestro.
"Al país de Wei" - contestó Hui.
"¿Y que harás allí?".
"He oído decir que el príncipe es joven en edad
e irresponsable en actos,
gobierna el país a la ligera
y no reconoce sus defectos;
descuida tanto la vida de sus hombres
que los cadáveres cubren el país
como la hierba seca cubre una tierra desolada.
El pueblo ya no sabe qué hacer.
Yo, Hui, he oído que decías:
"Ignora los países bien gobernados
y acude a los turbulentos.
En las puertas del médico
se amontonan los enfermos".
Inspirado por estas palabras,
espero encontrar remedio para salvar el país".

Y Confucio respondió:
"¡Ah! ¡Temo que vayas hacia tu propia ejecución!
La intromisión es contraria al *Tao*.
La intromisión engendra lo múltiple,
lo múltiple engendra la confusión,
la confusión engendra la desgracia,
y la desgracia es sin retorno.
En la Antigüedad, el hombre Supremo,
antes de ayudar a los otros,
buscaba su propia firmeza.
Si tu vida aún no está firme,
¿cómo vas a poder ocuparte de un tirano?

Además, ¿sabes tú lo que disipa la Virtud,
lo que origina el saber?
La Virtud se disipa por la fama,
el saber nace por las luchas.
La fama es rivalidad.
El saber es su instrumento de combate.
Fama y saber: armas funestas
que no sirven en la perfecta conducta.

Una virtud extremada, una sinceridad absoluta,
no siempre penetran en el carácter de un hombre;
no luchar por la fama o el renombre
no siempre influye en su corazón.
Y si frente al tirano te jactases

usando en exceso de palabras como benevolencia o deber,
no harías más que oponer tu belleza a su fealdad.
Y serás llamado "el que trae la desgracia".
Y al que trae la desgracia,
las desgracias le llegan.
¡Te veo en peligro!
Si el príncipe de Wei amara a los sabios
y detestara a los necios,
¿de qué serviría intentar distinguirte?
Mejor abstenerse de persuadirlo.
El peso de su autoridad
se impondrá sobre ti:
deslumbrará tus ojos,
empalidecerá tu rostro,
hará que tus palabras se confundan,
que tu mente se trastoque.
Pretendes apagar con fuego un incendio,
remediar con agua una inundación.
A esto se le llama "ir de mal en peor".
Quien desde el principio obedece,
ya no puede dejar de obedecer.
Temo que él no crea en tus palabras
que mueras en manos del tirano.

Así, en la Antigüedad,
Guan Longfeng, muerto por Jie,
y Bigan, muerto por Zhou,
siguieron una intachable conducta
sosteniendo a su pueblo,
oponiéndose a sus superiores.
Por sus cualidades, los príncipes
se deshicieron de ellos.
Esto es lo que ocurre a quienes buscan la fama.

Así Yao atacó Congzhi y Xu Ao,
Yu atacó Youhu:
estados derruidos, espíritus errantes,
príncipes castigados y ejecutados.
Empuñaron sin tregua las armas
con un ansia insaciable de triunfo.
Estos hombres buscaban la fama y las riquezas.
¿Eres tú el único en ignorarlas?
Fama y riquezas tentaron incluso al hombre Santo,
¿te crees tú mejor que él?
Pero supongo que algo tendrás pensado:
me gustaría conocer tu plan".

Yan Hui respondió:
"Seré irreprochable y humilde,
íntegro y voluntarioso.
¿Es esto lo adecuado?".

"¡Oh, no! - dijo Confucio -,
esto no serviría de nada.
El príncipe está lleno de altivez y suficiencia
y su temperamento es caprichoso.
El hombre común nunca se le opone.
Desoye los consejos de los otros
para seguir así su propia voluntad.
Si las pequeñas virtudes cotidianas
no germinan en él,
¡cuánto menos la suprema Virtud!
Es un hombre obstinado y nunca cambiará.
Exteriormente conciliador,
pero interiormente insensible.
¿Qué conseguirías con ello?"

"En ese caso, interiormente seré recto,
exteriormente flexible.
Actuaré conforme a los Antiguos.
Quien es recto en su interior,
sigue el camino del Cielo,
sabe que, al igual que el príncipe,
del Cielo él también será el hijo.
¡Para qué iba yo a esperar la alabanza
o la crítica de los hombres!
Ser como un niño,
a eso se le llama "seguir el camino del Cielo".
El que exteriormente se doblega
sigue el camino de los hombres.
Arrodillarse, levantar las manos,
juntarlas, inclinarse...
es el ritual entre súbditos y príncipes.
¿Por qué habría de ser yo una excepción?
Haciendo lo que los otros hacen,
nadie encontrará falla en mí.
Esto es lo que se llama
"seguir el camino de los hombres".
Y si actúo conforme a los Antiguos,
les seguiré a ellos, y sus palabras,
que no son sino críticas y preceptos,
serán las palabras de los Antiguos
pero no las mías. Así, pues,
nadie podrá echarme en cara mi franqueza.
Esto es lo que se llama
"seguir el camino de los Antiguos".
¿Podré lograrlo de ese modo?"

Confucio respondió:
"¡Demasiada tontería y poco rigor!".
Aunque te comportaras como un estúpido,
quizá salieras indemne.

Pero ¿cómo ibas a poder cambiar a este príncipe, teniendo sólo a tu corazón por maestro?".

"Pues ya no tengo más propuestas - dijo Yan Hui -. ¿Cuál sería entonces la manera correcta?".

"Guarda abstinencia y yo te lo diré.

Actuar conforme al corazón

¿no es algo demasiado fácil?

Quien sigue la facilidad

se opone a la lucidez del Cielo".

"Yo, Hui, soy de familia pobre.

Desde hace meses no he probado

ni el vino ni la carne.

¿Es esto una abstinencia?".

"No -respondió Confucio -.

Es una abstinencia ritual,

pero no del corazón".

"¿Y qué es una abstinencia del corazón?" - preguntó Hui.

"Unifica tu voluntad.

No oigas con tus oídos,

oye con tu corazón.

No oigas con tu corazón,

oye con el soplo vital.

El oído se limita a oír,

el corazón, a corresponderse con las cosas.

En cuanto al soplo,

su vacío acoge a la totalidad de los seres.

Solamente el *Tao* se posa en lo vacío.

El Gran Vacío es la abstinencia del Corazón".

Yan Hui respondió:

"Antes de comprender Aquello que todo lo hace,

yo era Hui,

pero habiéndolo comprendido,

ya nunca lo he sido.

¿Es esto lo que se entiende por vacío?".

"Exacto - dijo Confucio -, escucha:

eres perfectamente capaz de entrar en esa jaula,

pero evita buscar la fama.

Cuando tus palabras hallen entrada,

canta como los pájaros.

Cuando no la hallen, desiste.

Sin puertas no hay peligros.

Habita la Unidad,

obra lo inevitable,
y estará muy cerca del umbral.

Fácil es no dejar huellas,
difícil caminar sin pisar el suelo.
Fácil es imitar lo que hace un hombre.
Difícil imitar lo que hace el Cielo.
Hemos oído que los seres alados vuelan,
pero no que se pueda volar sin alas.
Hemos oído que el que sabe tiene inteligencia,
pero no que sin inteligencia se pueda saber.
Contemplar ese lugar donde la nada habita.
Misteriosa habitación vacía: allí nace la luz,
allí la calma y la felicidad reinan.
Allí moverse es como "galopar en posición sentada".
Si consigues ver y escuchar hacia dentro de ti mismo,
y hacia afuera de ti mismo expulsas el saber, el pensamiento,
los demonios y los espíritus atraídos
vendrán a morar en ti,
¡y cuánto más los hombres!
Ésa es la transformación de los Diez Mil Seres.
Ése es el centro secreto de Yao y de Shun.
Ésa es la conducta final de Fu Xi y de Ji Qu.
Y así debería ser la de todos los hombres".

II

Zigao, señor de She, enviado en misión a Qi,
se dirigió así a Confucio:
"El rey me ha encomendado una importante misión
en el reino de Qi.
Allí los emisarios son tratados con gran respeto,
pero tardan en acceder a sus demandas.
Si resulta vano meter prisas a un hombre cualquiera,
¡cuánto más a un señor feudal!
Todo esto es muy incómodo para mí.
una vez me dijiste:
"Raros son los asuntos, grandes o pequeños,
que sin el *Tao* puedan felizmente cumplirse.
Si fracasamos,
sufriremos el castigo del *Tao* de los Hombres.
Si tenemos éxito,
sufriremos el desequilibrio del *Yin* y del *Yang*.
Sólo el hombre de Virtud conoce el éxito y el fracaso,
sin que el desequilibrio o la desgracia puedan turbarle".

Yo soy sencillo y simple en mis comidas,
y nunca he necesitado tomar nada refrescante.
Al amanecer fué cuando recibí la orden
y ya por la noche tuve que beber agua helada.

¡Tenía fiebre en mi interior!
Antes de cumplir mi misión,
ya siento el desequilibrio del *Yin* y del *Yang*.
Y si fracaso sufriré además
el castigo del *Tao* de los hombres.
Doble es mi pena.
Como ministro, no puedo asumir esta misión.
Desearía escuchar tu consejo".
Y Confucio respondió:
"Este mundo lo gobiernan dos grandes principios:
el Decreto y el Deber.
El amor filial es un Decreto celeste,
no se puede arrancar del corazón.
Servir al soberano es un Deber de justicia,
dondequiera que uno vaya, el soberano es soberano.
No hay lugar entre Cielo y Tierra
para sustraerse a estos dos principios.
Servir serenamente a sus padres dondequiera que estén
es la Piedad filial suprema.
Servir serenamente al soberano en todo lo que decida
es la Lealtad suprema.
Servir al corazón sin pena ni alegría,
conocer lo ineluctable y seguir nuestro Decreto,
es la Virtud suprema.
Como hijo o como ministro,
lo inevitable se impone.
Si actúas según las circunstancias
y olvidas tu propia persona,
¿acaso habrá lugar para preocuparse por la vida,
o intentar zafarse de la muerte?
Obra así y todo irá bien.
Déjame repetirte lo que he oído:
Para los que están cerca de ti,
usa la confianza.
Para los que están lejos,
usa la lealtad en tus palabras.
Transmitir las palabras puede agradar
o disgustar a ambas partes,
y eso es lo más difícil del mundo.
Para agradar,
se necesitan exagerados cumplidos.
Para disgustar,
se necesitan exagerados insultos.
Cualquier exageración es falsa,
no inspira confianza
y el mensajero está en peligro.
Así dice un proverbio:
"Transmite la normalidad de los hechos,
no transmitas nada exagerado
y así permanecerás a salvo".

Cuando compiten dos luchadores,
comienzan noblemente pero acaban con bajeza.
Si van demasiado lejos, los golpes bajos aumentan.
Los que beben en un banquete
comienzan con moderación pero acaban con desenfreno.
Si van demasiado lejos, su agitación también aumenta.
Así todas las cosas: el principio es cortés,
el final es vulgar.
Se comienza con sencillez
y se acaba en la desmesura.
Las palabras son olas y viento.
Pérdidas o ganancias, los actos.
Olas y viento se levantan fácilmente.
Pérdidas y ganancias fácilmente nos acosan.
Palabras pérfidas y frases extremadas
son el único origen de la cólera.
El animal que muere no elige su grito.
El odio inflamado en su pecho
despierta el odio del que lo ha cazado.
Cuando uno se excede en exigencia,
el otro responde con contrariedad.
Si uno ignora su propia reacción,
¿cómo va a prever cuál es el fin?
Un antiguo proverbio dice:
"No te apartes de las órdenes,
no te empeñes en el éxito.
Sobrepasar la medida es excederse".
Si te apartas de las órdenes
y te empeñas en el éxito,
vas directo hacia el peligro.
Lo bien hecho necesita tiempo.
Lo mal hecho es irreversible.
¿Cómo no ser prudente?

Deja que tu corazón libre
vague entre las cosas;
entrégate a lo inevitable
y nutre tu propio centro:
es la más alta perfección.
¿Para qué obrar buscando recompensa?
Obedece tan sólo las órdenes.
Ahí reside la mayor dificultad".

III

Yan He, al ser nombrado preceptor
del hijo heredero del conde Ling de Wei,

fue a consultar a Qu Boyu:
"Supongamos que él sea un hombre sin Virtud.
Si no hago nada al respecto,
pondrá al país en peligro.
Si me entrometo,
seré yo quien esté en peligro.
Su sabiduría alcanza a conocer
los defectos de los hombres,
pero no sus causas.
¿Qué puedo hacer con un hombre así?".

"Buena pregunta -contestó Qu Boyu-.
¡Estate alerta! ¡Ponte en guardia
y rectifica tu propia persona!
En tu exterior aparenta intimididad.
En tu interior establece la armonía.
Aunque estas dos actitudes entrañan un peligro.
¡No caigas en su intimididad!
¡Que no se transparente tu armonía!
Pues si caes en su intimididad
serás derrumbado, abatido, arruinado, exterminado.
Y si dejas ver tu armonía,
serás acusado, criticado, deshonrado y maldito.
Cuando se comporte como un niño,
sé tú con él un niño.
Cuando salte las barreras,
sáltalas tú también.
Cuando no ponga límites a su conducta,
no las pongas tú tampoco.
Y una vez que le hayas sondeado,
entra en él por donde no haya peligro.

¿No conoces tú la historia de la mantis religiosa?
En medio de un camino agitaba sus patas
con el fin de parar las ruedas de un carro.
Creyendo demasiado en sus capacidades,
ignoraba su impotencia.
¡Estate alerta y ten cuidado!
Si te jactas de tus méritos,
le ofenderás y estarás en peligro.

¿Sabes tú lo que hace el criador de tigres?
No les da de comer animales vivos,
para no animar su instinto asesino,
No les da de comer animales enteros,
para no despertar sus ansias de descuartizar.
Conoce el secreto de la ferocidad,
porque sabe cuándo están saciados o hambrientos.
Los tigres, aunque diferentes de los hombres,
respetan al criador que se adapta a su naturaleza
pero matan al que se les oponga.

Un hombre amaba tanto a sus caballos,
que recogía sus excrementos en un cesto
y su orina en una concha.
pero un día, sobre un caballo se posó un mosquito,
y el hombre lo cazó a contratiempo.
El animal asustado rompió los frenos
y de una coz le partió el pecho y el cráneo.
La intención del hombre era buena,
pero su amor le perdió.
¡Nunca se es lo bastante prudente!".

IV

El carpintero Shi, de camino hacia el reino de Qi,
llegó a Quyuan y vio un roble,
dios sagrado de aquellas tierras.
Tan inmenso, que podía dar sombra
a varios miles de bueyes,
y su tronco medía unos cien palmos.
Su altura rondaba la de una montaña
y sus primeras ramas brotaban
a veinticinco metros del suelo.
Con sólo diez de ellas
hubieran podido constuirse barcas.
Oleadas de gente se amontonaban en torno a él
para admirarlo.
El carpintero Shi, sin detenerse a mirar,
continuó su camino.
Su aprendiz, después de contemplarlo,
se aproximó a Shi y le dijo:

"Maestro, desde que manejo el hacha bajo tus órdenes,
no he visto nunca un árbol tan bueno como éste.
¿Por qué continúas tu camino
sin dignarte siquiera mirarlo?".

"¡Ya está bien, calla! -dijo el carpintero -.
¿No ves que su madera es inútil?
¡Haz barcos con ella y se hundirán!
¡Haz ataúdes y se pudrirán!
¡Haz herramientas y se romperán rápidamente!
¡Haz vigas y pilares y los devorará la carcoma!
¡Haz puertas y ventanas y rezumarán resina!
Su madera es inservible y no vale para nada:
por eso ha durado tanto tiempo".

Cuando regresó a su casa,
el carpintero soñó que el roble le decía:
"¿Con qué me has comparado?,
¿con los árboles nobles?"

A los acerolos, perales, naranjos,
pomelos y otros árboles,
cuando sus frutos están maduros,
los despojan, los ultrajan,
rompen sus grandes ramas
y las pequeñas las arrancan.
Su propia utilidad daña su vida,
muriendo en pleno vigor sin acabar
sus días por el Cielo decretados.
Víctimas de sí mismos y víctimas del mundo.
Ésa es la suerte de todas las cosas.
En cuanto a mí, desde hace tiempo aspiro a ser inútil,
y ahora, ya cerca de mi muerte,
por fin lo he logrado: ésa es mi gran utilidad.
Siendo útil, ¿habría durado tanto tiempo?
Además, tú y yo somos seres.
¿Cómo puede uno juzgar a otro?
Hombre inútil condenado a la muerte,
¿qué sabrás tú de árboles inútiles?".

Al despertar, el carpintero relató su sueño.
El aprendiz le preguntó:
"Si aspira a ser inútil,
¿por qué es un árbol sagrado?".

"¡Calla! ¡No digas nada más!
Él tan sólo desempeña su papel
ante los que no le comprenden.
Si no se le considerara árbol sagrado,
¿no habría sido abatido?
Se protege de manera diferente a los demás.
Y usar del sentido común para juzgarlo,
¿no te parece un error?".

V

Ziqi de Nanbo paseaba por la colina de Shang
cuando vio un gran árbol fuera de lo común.
Mil carros podrían guarecerse bajo su sombra.
"¿Qué árbol es éste? -preguntó Ziqi-,
debe tener alguna cualidad extraordinaria".
Al levantar la cabeza
vio sus ramas finas y retorcidas,
inadecuadas para hacer vigas.
Al bajar la cabeza,
vio su tronco nudoso y agrietado,
inadecuado para hacer ataúdes.
Al mascar sus hojas,
se le quemó la lengua.

Al olerlas,
se embriagó y enloqueció durante tres días.

"Su madera es inservible,
por eso ha llegado a ser tan grande -dijo Ziqi-.
¡Ah, por eso el más divino de los hombres
es todo él materia inservible!".

En Jingshi, en el país de Song,
crecen bien las catalpas, cipreses y moreras,
Pero cuando éstos alcanzan el tamaño suficiente
para que dos manos puedan abarcarlos,
son cortados para hacer estacas de amarrar monos.
Cuando sus troncos miden tres o cuatro palmos,
son talados para hacer bellas y altas vigas.
Y cuando sus troncos alcanzan los siete u ocho palmos,
los nobles y los ricos comerciantes
los mandan cortar para hacer sus ataúdes.
Por eso no acaban sus días asignados por el Cielo.
Antes de tiempo abatidos por el hacha:
es el precio que pagan por ser útiles.

En los sacrificios al dios del río,
se prohibía que los bueyes de frente blanca,
los cerdos de morro retorcido
y los hombres con hemorroides
fueran arrojados al río.
Lo que para los chamanes eran signos de mal augurio,
para el Hombre Divino eran signos favorables.

VI

Zhili Shu, el contrahecho,
tenía el mentón a la altura del ombligo,
los hombros más altos que su cabeza,
su joroba apuntaba al cielo,
sus cinco vísceras estaban en lo alto del cuerpo
y sus nalgas a la altura del costado.
Lavando y remendando vestidos se ganaba su pan.
Aventando cereales podía alimentar a diez personas.
Cuando se reclutaban soldados,
él se paseaba tranquilo con las mangas remangadas.
Para los trabajos públicos,
siempre exento por enfermedad.
Y cuando se ayudaba a los enfermos,
él recibía tres raciones de grano y diez cargas de leña.
Si este hombre, deforme en su cuerpo,
se bastaba a sí mismo,
y pudo acabar los días que el Cielo le asignó,
¡cuánto más no conseguirá un deforme en la Virtud!

VII

Cuando Confucio estaba en el país de Chu
Jie Yu, el loco, pasó por su puerta y gritó:
"¡Oh! ¡Fénix! ¡Fénix!
¿Por qué declina la Virtud?
Inalcanzable es el porvenir.
Imposible retornar hacia el pasado.
Cuando el mundo posee el *Tao*,
el Santo se realiza en lo más alto.
Cuando el mundo pierde el *Tao*,
el Santo sólo sobrevive.
En nuestros tiempos, ya es bastante con librarse del castigo.

La felicidad es tan ligera como una pluma
y nadie puede sentir su peso.
La desgracia es tan pesada como la tierra
y nadie puede evitar pisarla.
¡Basta, basta!
¡No más Virtud que enderece a los hombres!
¡Cuidado!
¡Cuidado con mostrar a los demás
el camino que se debe seguir!
Zarzas, espinos,
¡no estorbéis mi camino!,
¡no estorbéis mis pasos!
Yo zigzageo y os evito".

Los árboles de la montaña
apelan a su propia destrucción.
Su resina alimenta el mismo fuego que los consume.
Talan el canelo por ser comestible.
Por ser útil talan el árbol del barniz.
Todos conocen la utilidad de lo útil.
Todos ignoran la utilidad de lo inútil.

Capítulo V

SIGNOS DE ÍNTEGRA VIRTUD

I

Wang Tai, el cojo, vivía en el país de Lu.
Tenía tantos discípulos como Confucio.
Chang Ji preguntó a este último:
«A Wang Tai, aunque cojo,
le siguen la mitad de los habitantes de Lu.
De pie, no enseña nada;

Sentado, no debate.
Sin embargo, los que están vacíos
Van hacia él y vuelven llenos.
¿Es que posee el arte de enseñar sin palabras,
o un medio invisible para labrar el corazón?
¿Qué clase de hombre es éste?».

«Este hombre es un Santo - respondió Confucio -.
Tan sólo he aplazado mi visita.
Pero si yo mismo debiera tenerle por maestro,
¡cuánto más los que no están a mi altura!
¡No sólo al país de Lu,
sino que llevaría hasta él al mundo entero!».

«Si este cojo os supera, Maestro - replicó Chang Ji -,
debe ser un hombre extraordinario.
El corazón de un hombre así
¿en qué se diferencia de los otros?».

«Vida y muerte son para él igual en importancia:
en nada le afectan - dijo Confucio -.
Aunque Cielo y Tierra se desplomen,
él permanece intacto.
Discierne la verdad sin distraerse con las cosas,
se adapta a sus transformaciones:
se acoge a su Principio Ancestral».

«¿Qué quieres decir?» - preguntó Chang Ji.

«Si se miran las cosas desde su diferencia,
entre hígado y vesícula hay una distancia tan grande
como entre el país de Yue y el de Chu.
Pero si se miran las cosas desde su identidad,
los Diez Mil Seres son Uno.
Un hombre así ignora la distinción
entre el oído y la vista, y su corazón
se baña en la armonía de la Virtud.
Desde la Unidad,
no existe la pérdida.
Mira su propia pierna perdida
como si fuera un montón de tierra abandonada».

«No hace más que labrar su perfección - dijo Chang Ji -.

A través de su inteligencia, accede a su corazón;
a través de su corazón, accede al corazón inmutable.
Pero ¿por qué tantos seres afluyen a él?».

«El hombre no utiliza como espejo el agua que corre,
sino el agua que duerme - dijo Confucio -.

Sólo la calma puede calmarlo todo.
Investidos del Decreto Terrestre
sólo el pino y el ciprés, libres,
yerguen su rectitud.
Tanto invierno como verano:
siempre el mismo verdor.
Investidos del Decreto Celeste,
sólo Shun y Yao, libres,
por encima de los Diez Mil Seres,
alcanzaron la perfección.
El dichoso capaz de rectificar su propia naturaleza
puede rectificar la de los otros.
No hay temor para el que sigue el rastro del origen.
Un soldado valiente afronta él solo
una batalla contra nueve ejércitos:
si un hombre es capaz de esto por la fama,
¡cuánto más el que gobierna Cielo y Tierra
acogiendo en su seno a los Diez Mil Seres!
El que habita su cuerpo como efímera morada,
sabiendo que sus ojos, sus oídos,
sólo perciben apariencias;
el que sólo conoce la Unidad
y en cuyo corazón la muerte ya no existe;
un día, él amanecerá en el mundo
y el mundo le seguirá.
¿De qué le serviría preocuparse de los hombres?».

II

Shen Tujia, el amputado,
y Zichan, primer ministro de Zheng,
tenían ambos por maestro a Bohun Nadie.

«Si yo salgo primero, tú esperas
- le dijo Zichan al cojo -.
Si tú sales primero, esperaré yo».

Al día siguiente se encontraron en la misma sala,
sentados los dos sobre la misma estera.

«Si yo salgo primero - repitió Zichan -, tú esperas.
Si tú sales primero, esperaré yo.
Si yo saliera ahora mismo, ¿esperarías o no?
¿Pero es que no vas a apartarte cuando ves frente a ti a un primer ministro?
¿Acaso te consideras mi igual?».

«En casa del Maestro - replicó Shen Tujia -
¿existen primeros ministros?»

Parece que te precias tanto de serlo,
que das la espalda a los demás.
He oído decir lo siguiente:
"Si tu espejo brilla, el polvo no se adhiere a él.
Pero si el polvo se adhiere, es porque tu espejo no brilla.
Estando largo tiempo en compañía de un Sabio
no deben cometerse errores".
La grandeza que posees viene de nuestro Maestro.
Hablar así de esta manera ¿no es cometer un error?».

«Tal como eres, pareces querer competir
con Yao, el virtuoso - dijo Zichan -.
¿Es que no hay suficiente Virtud en ti
como para mirarte honestamente a ti mismo?».

«Numerosos son los que exhiben sus faltas
y juzgan sus pérdidas inmerecidas,
pero pocos son los que no las exhiben
y las juzgan merecidas - respondió Shen Tujia -.
Sólo el hombre de Virtud conoce lo ineluctable
y sigue el Decreto del Cielo.
Quien pasa delante del arquero Yi
es alcanzado por su flecha;
quien escapa, se lo debe al Decreto.
Muchos son los hombres con dos pies
que se ríen de mí por estar cojo.
Antes, sentía una cólera terrible.
Ahora, desde que vengo a casa del Maestro,
mi furia ha desaparecido y me he encontrado a mí mismo.
¿Me habrá purificado el Maestro con su bondad?
Durante diecinueve años he estado en su compañía,
pero jamás ha advertido mi cojera.
Ambos deberíamos habitar el interior del cuerpo.
Pero tú quieres sacarme al exterior.
¿No es eso un error?».

«No hablemos más», dijo Zichan confuso,
cambiando de actitud.

III

En el país de Lu
había un cojo llamado Sushan, el Sin-dedos.
Cojeando sobre su talón,
fue a ver a Confucio y éste le dijo:

«Por falta de prudencia, tus errores cometidos
te han puesto en este triste estado.
¿Qué es lo que esperas viniendo a mí?».

«Por descuido y por tratar mi cuerpo a la ligera,
he perdido los dedos de un pie - respondió el Sin-dedos -.
Pero hoy vengo a ti
porque hay algo que estimo más que mis pies
y deseo conservarlo intacto.
No hay nada que el Cielo no cubra
ni nada que la Tierra no sostenga.
Señor, yo te considero mi Cielo y mi Tierra,
¿por qué me tratas de este modo?».

Confucio le contestó:
«Me he portado como un ignorante.
¿Por qué no entras, Maestro,
y me instruyes con tus conocimientos?»

Y el Sin-dedos se fue.

«Discípulos, ¡a trabajar duro! - dijo Confucio -
porque si el Sin-dedos se entrega al estudio
para rectificar sus errores,
¡cuánto más deberían hacerlo
los hombres de íntegra Virtud!».

El Sin-dedos preguntó a Lao Dan:
«¿Confucio aún no es un hombre perfecto?
¿Por qué se molesta en venir a ti
para seguir tus enseñanzas?
Él, que sólo busca tener fama
de hombre único y extraordinario,
¿ignora acaso que para el Hombre Supremo
la fama y el renombre son cadenas?».

«¿Por qué no le has mostrado tú mismo - dijo Lao Dan -
que la vida y la muerte se entretajan,
que lo admisible y lo inadmisible penden del mismo hilo?
¿Podrá liberarse algún día de sus cadenas?».

«Siendo castigo del Cielo - replicó el Sin-dedos -,
¿cómo podría librarse?».

IV

El duque Ai del país de Lu preguntó a Confucio:
«En el país de Wei vivía un hombre muy feo
llamado Tuo el Feo.
Los que vivían a su alrededor,
fascinados por él, ya no podían apartarse.
Las mujeres que le conocían decían a sus padres:
"Prefiero ser su concubina que la esposa de otro".

Así, ya tenía más de una decena de ellas
que no cesaban de solicitarle.
Nunca llevaba la voz cantante y se acomodaba a los demás.
No tenía ni poder para salvar a un hombre de la muerte,
ni beneficios para socorrer a un hambriento,
y su fealdad asustaba a todo el mundo.
Conciliador y no instigador,
su saber se constreñía a su territorio,
pero mujeres y hombres iban atraídos hacia él.
Este hombre debía tener algo extraordinario.
Así que le llamé para observarle.
Efectivamente su fealdad podía estremecer al mundo entero.
En menos de un mes en su compañía,
ya me di cuenta de la clase de hombre que era,
y en menos de un año,
ya había puesto en él toda mi confianza.
Cuando mi país se quedó sin ministro,
lo nombré a él para el cargo.
Indeciso, acabó por aceptar
con un sí tan frío, tan indiferente,
que parecía rehusar.
A pesar de mi turbación,
finalmente le confié el país.
Poco después me abandonó y se fue.
Quedé muy triste y afectado por esta gran pérdida,
como si ya no hubiera nadie más
con quien compartir mis esperanzas.
¿Qué clase de hombre era éste?».

Y Confucio respondió:
«Un día que yo iba en misión a Chu,
vi unos cerditos que aún se amamantaban
de su madre muerta.
De repente la miraron asustados y huyeron.
Ella ya no los miraba como antes.
Ya no era como ellos.
Lo que amaban en ella no era su cuerpo
sino lo que a su cuerpo animaba.
Un hombre muerto en la batalla
ya no requiere de funerales rituales.
Un hombre con una pierna amputada
ya no necesita de sandalias.
En sendos casos, se ha perdido el fundamento.
Las concubinas del Hijo del Cielo
no se cortan las uñas ni se horadan las orejas.
El recién casado vive fuera del palacio
y ninguna misión le es asignada.
Si los hombres íntegros en su cuerpo
pueden obrar así,
¡cuánto más los hombres íntegros en Virtud!
Ahora, Tuo el Feo, sin decir palabra,

inspira confianza; sin hacer nada,
suscita intimidación.
Todos quieren confiarle su gobierno
y temen que él lo rechace.
Es, evidentemente, un hombre
cuyas cualidades están intactas
y cuya Virtud no se exterioriza».

«¿Qué entiendes por cualidades intactas?».

Y Confucio contestó:

«Muerte y vida, conservación y destrucción,
destreza y éxito, miseria y riqueza,
excelencia y mediocridad, calumnia y apología,
hambre y sed, frío y calor,
son las mutaciones de las cosas:
el Decreto en acción.
Un alternancia que opera día y noche ante nosotros,
y de la que nadie puede sondear su fuente.
Sin embargo, no altera nuestra paz,
ni entra en nuestra Mágica Morada.
Hacer que la armonía y el goce circulen
sin que la dicha se pierda,
que entre la noche y el día
no haya ningún intersticio,
florecer con los seres y las cosas,
seguir con el corazón la continuidad del tiempo:
esto es lo que yo llamo cualidades intactas».

«¿Y qué significa Virtud no exteriorizada?»

- le preguntó el duque Ai.
«Agua inmóvil o calma perfecta.
En su interior se protege.
En su exterior nada mueve.
Eso podría servir como ejemplo.
La Virtud es cultivar la armonía.
En la Virtud que no se exterioriza
los seres y las cosas se conservan
sin disgregarse».

Otro día, el duque Ai le contó a Min Zi:

«Al principio, sentado en mi trono cara al sur,
yo gobernaba y controlaba el Estado,
temeroso por la muerte de mi pueblo.
Yo me creía un hombre perfecto.
Ahora, después de oír las razones de un Hombre Supremo,
temo haberme equivocado;
he sido negligente con mi propia persona,
y he arruinado a mi pueblo.
Confucio y yo no somos señor y súbdito,

sino amigos en la Virtud, eso es todo».

V

Un cojo, encorvado y sin labios
era el consejero del duque Ling de Wei.
Este último tan entusiasmado estaba con él,
que le parecía que los hombres bien formados
tenían un cuello demasiado largo.

Un hombre con bocio en forma de jarra
era el consejero del duque Huan de Qi.
Este último tan entusiasmado estaba con él,
que le parecía que los hombres bien formados
tenían un cuello demasiado corto.

Así, cuando la Virtud es grande,
el cuerpo se olvida.
Los hombres que no olvidan lo que se ha olvidado,
y olvidan lo que no se ha olvidado,
están en el olvido verdadero.
Así el Santo se recrea.
Para él, el saber es una maldición,
los pactos son cola de pegar,
los favores, una corrupción,
la habilidad, un simple comercio.
El Santo ¿para qué quiere el saber
si no tiene proyectos?,
¿para qué la cola de pegar si él nada ha separado?,
¿para qué poseer si nada ha perdido?,
¿para qué comerciar si nada codicia?
Todo esto son Dones del Cielo.
Los Dones el Cielo son alimento.
El que está nutrido por el Cielo
¿qué necesidad tiene de los hombres?
Posee la forma de los hombres,
pero no sus pasiones.
Posee la forma de los hombres
y por eso se mezcla entre ellos.
No posee las pasiones de los hombres
y por eso lo falso, lo verdadero,
nada significan para él.
¡Qué pequeño como hombre!
¡Qué grande, libre,
realizando en él su propio Cielo!

VI

Hui Zi preguntó a Zhuang Zi:
«¿Puede haber un hombre sin pasiones?».
«Sí» - dijo Zhuang Zi.

«Pero un ser así, ¿cómo puede llamarse hombre? ».

Zhuang Zi contestó:
«El Tao le dio su aspecto. El Cielo le dio su cuerpo.
¿Por qué entonces no llamarlo hombre? ».

«Si tú le llamas hombre,
¿por qué carece de las pasiones humanas?».

«Lo verdadero o lo falso - dijo Zhuang Zi -,
Esto es lo que yo entiendo por pasiones humanas.
El que no es empujado por el amor o el odio,
El que sigue con constancia su naturaleza
Y nada añade a la vida,
Es un hombre sin pasiones humanas».

«Si no añade nada a la vida - preguntó Hui Zi -
¿cómo puede existir en tanto que hombre? ».

«El Tao le dio su aspecto
El Cielo le dio su cuerpo.
No es empujado por el amor ni el odio.
En cuanto a ti, dispersas tu espíritu
Y malgastas tu esencia vital.
Apoyado sobre un árbol, desatinas.
Inclinado sobre una mesa, te adormeces.
El Cielo te ha dado un cuerpo
Y tú sólo especulas sobre "lo blanco y lo duro"».

Capítulo VI

EL GRAN MAESTRO ANCESTRAL

I

Conocer las acciones del Cielo,
conocer las acciones del hombre,
es el Conocimiento Supremo.
Conocer las acciones del Cielo
es vivir la vida asignada por el Cielo.
Conocer las acciones del hombre
es utilizar lo que se conoce
para nutrir lo que se desconoce,
agotar los años impartidos por el Cielo

y evitar en medio del camino
el asalto de la muerte.
Éste es el conocimiento perfecto.

Sin embargo, hay una dificultad:
el adecuado conocimiento depende siempre de algo,
y este algo no es nunca fijo.
¿Cómo puedo saber si lo que llamo Cielo no es el hombre?
¿si lo que llamo hombre no es el Cielo?

Sólo el conocimiento es Verdadero
cuando el hombre es Verdadero.
¿Qué significa un Hombre Verdadero?
El Hombre Verdadero de antaño
se acomodaba a la escasez,
no se enorgullecía con el éxito,
no actuaba con planes.
Un hombre así erraba sin arrepentirse,
acertaba sin vanagloriarse.
Un hombre así ascendía sin vértigo a lo más alto,
se sumergía en lo profundo sin mojarse,
penetraba en el fuego sin quemarse.
Su conocimiento era tan alto como el Tao.

El Hombre Verdadero de antaño dormía sin sueños,
despertaba sin quejas,
comía sin distinciones,
respiraba hasta lo más hondo.
La respiración del Hombre Verdadero llegaba hasta sus talones.
La del hombre común se queda en la garganta;
por eso, cuando algo le subyuga,
se le atragantan las palabras.
Si la pasión y el deseo son profundos,
débil es la fuerza interna del Cielo.

El Hombre Verdadero de antaño
ignoraba el amor a la vida,
el odio a la muerte.
Alerta siempre y ligero
en su ir y venir: eso era todo.
Consciente de su origen,
sin preocuparse por el fin.
Complaciéndose en recibir.
Olvidándose al entregar.
Esto es lo que se llama no dañar al Tao con el corazón,
no estorbar al Cielo con lo humano.
Así era el Hombre Verdadero.

De corazón calmado, rostro tranquilo,
frente serena.
Como el otoño, frío,

como la primavera, cálido.
Airado o alegre según el humor de las cuatro estaciones.
Adaptándose a las cosas, a los seres,
sin que nadie conociera sus límites.

Así, un Santo al frente de un ejército
conquistaba un país sin perder sus habitantes.
Repartía sus bienes entre mil generaciones
sin que el amor lo empujara.
Quien se regocija entre los hombres,
no es un Santo.
Quien actúa con afecto,
no es benevolente.
Quien escoge el momento,
no es sabio.
Quien no equipara pérdidas y beneficios,
no es un hombre de bien.
Quien actúa por renombre y se pierde,
no es un hombre honesto.
Quien se destruye huyendo de la verdad,
no es apto para el gobierno.
Hu Buxie, Wu Guang, Bo Yi, Shu Qi,
Jizi, Xu Yu, Ji Tuo y Shentu Di
servían como esclavos de los otros,
se complacían complaciendo a los demás,
pero nunca complaciéndose ellos mismos.

El Hombre Verdadero de antaño
se imponía a los hombres sin tomar nunca partido.
Pareciendo necesitado, no aceptaba nunca nada.
Solitario y seguro, nunca rígido.
Noble y humilde, nunca fastuoso.
Risueño, ¡siempre alegre!
Activo, cuando era inevitable.
Concentrado, de faz resplandeciente.
Cauteloso, conteniendo su Virtud.
Tolerante, parece mezclarse con el mundo.
Arrogante, nunca dominado.
Lejano, encerrado en su silencio.
Perdido, olvidando sus palabras.
De los castigos hacía el tronco.
De los ritos, las alas.
De la sabiduría, lo oportuno.
De la Virtud, el camino.
Quien hace de los castigos el tronco,
castiga con indulgencia.
Quien hace de los ritos las alas,
puede moverse en el mundo.
Quien hace de la sabiduría lo oportuno,
sólo en lo inevitable actúa.
Quien hace de su Virtud el adecuado camino,

alcanza la cima con sus propios pies.
Ascensión penosa, pensaban los hombres.
Así, lo que él amaba era Uno.
Lo que él no amaba era Uno.
Lo que en él se unificaba era Uno.
Lo que en él no se unificaba era Uno.
Estando unificado, acompañaba al Cielo;
no estando unificado, acompañaba al hombre.
Cuando hombre y Cielo en nada rivalizan,
allí aparece el Hombre Verdadero.

II

Vida y muerte sucediéndose:
el Decreto.
Noche y día, inmutables, sucediéndose:
el Cielo.
Para el hombre, inaccesible:
esencia de los seres y las cosas.
Si hay hombres que aman al Cielo como a un padre,
¡cuánto más amarían Aquello que se eleva sobre el Cielo!
Si hay hombres que, amando a su señor más que a sí mismos,
son capaces de sacrificarse por él,
¡cuánto más lo harían por la Única Verdad!

Cuando se seca un manantial,
los peces agonizan en el fondo,
por eso se alientan entre ellos,
con sus babas se humedecen mutuamente;
mejor les fuera ignorarse los unos a los otros,
liberándose en los lagos y en los ríos.
Antes que elogiar a Yao o condenar a Jie,
mejor olvidarse de ambos y fundirse en el Tao.

La Tierra me ha dado mi cuerpo,
me ha dado la labor de mi vida,
el ocio de la vejez y el descanso de mi muerte.
Lo que me impulsa a amar la vida
me impulsa a amar la muerte.

Esa barca escondida en un barranco,
esa red escondida en un pantano,
se creen seguras allí.
Pero si en medio de la noche
alguien fuerte se las lleva y las carga a sus espaldas,
no se enterará siquiera ni el que allí las dejó.
Lo pequeño escondido en lo grande:
tiene su lugar aunque puede perderse.
Mundo escondido en el mundo:

nada se puede perder.
Así es la realidad fundamental de lo inmutable.
El hombre se alegra tan sólo con su forma de hombre;
pero si esa forma sufre continua, indefinidamente
Diez Mil Transformaciones,
¿acabará alguna vez de contar sus alegrías?
Así el Santo se recrea entre los seres y las cosas
que no pueden perderse,
y con ellos siempre permanece.
Muerte prematura, vejez,
origen y fin
le procuran el mismo contento.
Y si el hombre gusta de imitar al Santo,
¡cuánto más debería imitar
Aquello que une a los Diez Mil Seres,
Aquello de lo que dependen todas las transformaciones!

III

El Tao es algo seguro, real.
Carece de forma, no actúa.
Se transmite, no se recibe.
Se posee, no puede verse.
Él mismo, tronco y raíz.
Antes del Cielo y la Tierra,
ya existía imperturbable
en su propia Antigüedad.
Animó al soberano,
a los espíritus,
creó el Cielo y la Tierra.
Por encima de la Cumbre Suprema, sin altura.
Por debajo de las Seis Direcciones, sin hondura.
Nacido antes que el mundo, sin edad.
Más antiguo que la Alta Antigüedad y sin vejez.
Xiwei lo obtuvo y armonizó Cielo y Tierra.
Fuxi lo obtuvo
y penetró el origen de los soplos.
La estrella polar lo obtuvo
y ya nunca más cambió.
El sol y la luna lo obtuvieron
y ya nunca más cesaron.
Y Kanpi, que penetró en los montes Kunlun,
y Pingyi, que atravesó a nado el gran río.
Y Jian Wu, que habitó la montaña Taishan.
Y el Emperador Amarillo, que cabalgó sobre nubes.
Y Zhuan Xu, que habitó el Negro Palacio.
Y Yuqiang, que se fue al polo Norte.
Y Xiwangmu, que se asentó en Shaoguang.
Nadie conoce su principio.
Nadie conoce su fin.

Pengzu lo obtuvo y vivió desde la época Shun
hasta la de los Cinco Príncipes.
Fu Yue lo obtuvo,
fue ministro de Wuding
y gobernó el Imperio,
ascendió hasta la estrella Dong Wei,
cabalgó a Sagitario, a Escorpión,
y se fundió con los astros.

IV

Zikui de Nanpo preguntó a Nuyu:
«¿Por qué a pesar de tu avanzada edad
tienes el aspecto de un niño?».

«Yo he oído el Tao» - respondió Nuyu.
«¿Puede ser aprendido el Tao?».

«No - replicó Nuyu -, tú no servirías para ello.
Buliang Yi tenía la aptitud para ser un Santo,
pero no tenía el Tao del Santo.
Yo, que poseo el Tao, no tengo la aptitud.
Quería enseñárselo.
¡Deseaba tanto verle convertido en Santo!
Pero no fue una empresa fácil.
Sin embargo, cuando se posee el Tao del Santo
no es difícil transmitirlo al que tiene aptitudes para ello.

Yo he guardado el Tao en mí, instruyéndole:
En tres días, fue capaz de apartarse del mundo,
una vez apartado, yo seguía guardando el Tao.
En siete días, se apartó de los seres;
una vez apartado, yo seguía guardando el Tao.
En nueve días, se apartó de su vida;
habiéndose apartado, la aurora le inundó.
Inundado de luz, despertó a lo Único.
En lo Único, pasado y presente se abolieron.
Con el pasado y presente abolidos,
penetró en la no-vida, en la no-muerte.
Lo que mata la vida no muere.
Lo que da vida no nace.
En cuanto a las cosas,
es aquella que a todas acoge y acompaña,
es aquella que todo lo destruye
y que todo lo genera.
Su nombre es "lucha serena" ,
después de la lucha: el acabamiento».

«¿Dónde has aprendido todo esto?» - preguntó Zikui de Nanpo.
«Lo aprendí del hijo de Escritura - respondió Nuyu -,
que lo había aprendido del nieto de Recitación-Continua,
el cual a su vez lo había aprendido de Mirada-Luminosa,
quien asimismo lo aprendió de Murmullo-Acordado,
y este último lo aprendió de Práctica-Obligada,
que asimismo lo había aprendido de Alegre-Balada,
quien a su vez lo aprendió de Sutil-Oscuridad,
el cual lo había aprendido de Misterioso-Vacío,
que a su vez lo aprendió de Origen-Evanescente».

V

Cuatro hombres, los Maestros Si, Yu, Li y Lai,
se dijeron:
«¿Quién puede hacer de la Ausencia, la cabeza,
de la vida, la espina dorsal,
y de la muerte, el lomo?
¿Quién ha comprendido que vida y muerte,
conservación y destrucción,
forman el mismo y único cuerpo?
El que alcance a comprenderlo será nuestro amigo».
Los cuatro se miraron sonriendo.
Ninguno se opuso y así se hicieron amigos.

Cuando el Maestro Yu de repente cayó enfermo,
el Maestro Si fue a visitarle.
«¡Grandioso! - dijo Yu -.
¿Cómo es que Aquello que todo lo hace
me ha deformado de esta manera?
Ha jorobado mi espalda y la ha levantado.
Mis cinco vísceras por encima de la nuca.
Mi mentón a la altura del ombligo.
Mis hombros más altos que mi cráneo,
y las vértebras cervicales apuntan hacia el Cielo.
¡Mis energías Yin y Yang están obstruidas!».

Sin embargo su espíritu era sereno y sin preocupaciones.
Se arrastró hasta un pozo para ver su reflejo:
«¡Ah! ¡Aquello que todo lo hace
se afana todavía más en deformarme!».

«¿Le odias? » - preguntó el Maestro Si.

«No, ¿por qué iba a odiarle? - contestó Yu -.
Mi brazo izquierdo se transformará en un gallo,
y así podré cantar para anunciar la aurora.
Mi brazo derecho, en una bala de ballesta,
y así podré cazar búhos y asarlos para la cena.
Mis nalgas se transformarán en ruedas,

mi espíritu, en un caballo, y así cabalgaré;
¿para qué querría yo otra montura?
Además, ganar la vida es pura circunstancia,
perderla, un puro conformarse.
Cuando uno se acomoda a las circunstancias
ni pena ni alegría pueden entrar.
Antaño se decía: "Haber desatado el nudo".
Cuando uno no puede librarse por sí mismo,
es que las cosas le atan.
Ahora bien, nada se puede contra el Cielo.
¿Para qué iba yo a sentir odio?».

Súbitamente, el Maestro Lai cayó enfermo,
agonizando en el umbral de la muerte.
Su mujer y sus hijos le rodeaban llorando.
Cuando fue a verle el Maestro Li, éste dijo a su familia:
«¡Fuera de aquí! ¡No estorbéis su transformación!».

Y acercándose a la puerta del enfermo, le dijo:
«¡Grandioso es Aquello que todo lo crea y lo transforma!

¿Qué hará de ti?
¿Adónde serás enviado?
¿Te convertirás en el hígado de una rata
o en la pata de un escarabajo?».

El Maestro Lai le respondió:
«Un niño con padre y madre
va al este, al oeste, al norte o al sur,
adondequiera que ellos le manden.
Para un hombre, el Yin y el Yang
son más que un padre y una madre.
Son ellos quienes me han traído
hasta el umbral de la muerte.
Si lo rehusara, les desobedecería.
Además, ¿de qué puedo culparles?
La Tierra me ha dado mi cuerpo,
me ha dado la labor de mi vida,
el ocio de la vejez
y el descanso de mi muerte.
Por la misma razón que me parece bueno vivir,
me parece bueno morir.
Si ahora un Maestro fundidor de metales
viera saltar del horno un trozo de metal que le dijera:
"Quiero que me des la forma de la espada Moya",
el fundidor pensaría sin duda que es un metal funesto.
Si, de repente, apareciese una forma humana que dijera:

"Yo quiero ser hombre y sólo hombre",
Aquello que todo lo crea y lo transforma
pensaría sin duda que era un hombre funesto.

Si, de repente, yo hiciera del Cielo
y la Tierra un gran horno,
y de Aquello que todo lo crea y lo transforma
hiciera un Maestro fundidor,
¿habría algún lugar adonde yo pudiera no ir?».

VI

Tres hombres, el Maestro Sanghu,
Meng Zifan y el Maestro Qinzhang,
comentaban entre ellos:
«¿Quién de nosotros puede relacionarse sin tener relaciones?,
¿estar de acuerdo sin acuerdos?
¿Quién de nosotros puede ascender al Cielo,
pasearse entre las nubes,
errar en lo infinito,
y olvidarse de los otros
por los siglos de los siglos?».

Los tres se miraron sonriendo.
Ninguno tenía nada que oponer
y así se hicieron amigos.

Después de un período de calma,
el Maestro Sanghu murió.
Antes del entierro, Confucio,
al enterarse de la noticia,
envió a Zigong para los funerales.
Éste, al llegar, vio a un hombre
componiendo una canción
y a otro tocando su laúd.
Los dos cantaban así:
«¡Ah! ¡Sanghu! ¡Querido Sanghu!
¡Has regresado a tu verdad!
¡Pero ay de nosotros que seguimos siendo humanos!».

Zigong se apresuró a preguntarles:
«¿Cantar así ante un cadáver
es conforme a los ritos?».

Los dos hombres se miraron y sonrieron.
«¡Qué sabrás tú de los ritos!», dijeron.

Zigong regresó donde Confucio y le dijo:
«¿Qué clase de hombres son éstos?
Su conducta es indecente.
No hacen caso de sus cuerpos,
cantan en presencia de un cadáver
sin cambiar la expresión de sus rostros.

No hay palabras para nombrarlos.
¿Pero qué clase de hombres son?».

«Son la clase de hombres que viven fuera del mundo,
- contestó Confucio -. Yo, sin embargo, aún estoy dentro.

El afuera y el adentro no tienen nada en común.
¡Ha sido estúpido por mi parte haberte asignado esta misión!
Estos hombres son compañeros de Aquello que todo lo crea,
habitan en el soplo único del Cielo y de la Tierra.
Consideran la vida como una excrescencia tumerosa,
la muerte como una pústula reventada.
Para ellos, no hay diferencias entre la vida y la muerte,
el antes y el después.
Toman de la diversidad
lo que unifican en su propio cuerpo.
Olvidan hígado y vesícula,
Rechazan vista y oído.
Invierten origen y fin.
Ignoran todos los límites.
Vagan libremente más allá del polvoriento mundo
ejercitándose en la No-intervención.
¿Para qué rebajarse practicando los ritos comunes
y servir de espectáculo a los hombres?».

«Maestro, ¿de qué parte estás tú?»
- preguntó Zigong.

«Yo soy un condenado por sentencia del Cielo
y tú compartes mi misma suerte», dice Confucio.

«Maestro, ¿me puedes revelar ese secreto?».

Confucio contestó:
«Los peces se mueven en el agua,
Los hombres caminan por el Tao.
Los que se encuentran bien en el agua
van hasta el fondo del estanque y allí se alimentan.
Los que se encuentran bien en el Tao
van hasta el fondo de la No-intervención y allí habitan.
Por ello se dice: "En los lagos y ríos,
los peces se ignoran entre ellos,
así los hombres en la práctica del Tao».

«¿Y los hombres extraordinarios?» - preguntó Zigong.

«Son extraordinarios entre los hombres,
pero iguales ante el Cielo.
Por ello se dice: "Un hombre pequeño para el Cielo
es un hombre grande entre los hombres.

Un hombre grande entre los hombres
es un hombre pequeño para el Cielo».

VII

Yan Hui preguntó a Confucio:
«Cuando su madre murió,
Mengsun Cai lloró sin lágrimas,
su corazón ignoró la tristeza,
y su duelo fue sin dolor.
A pesar de estas tres faltas,
en el Estado de Lu se le considera
como el mejor conductor de duelos.
¿Se puede adquirir la fama de algo que no se realiza?
¡Me parece tan extraño!».

«Mengsun ha llegado a la cima
-respondió Confucio -.
Está más allá del saber.
Simplificando más aquellos ritos
no habría conseguido nada.
Ya los ha simplificado bastante.
Mengsun ignora qué es la vida o la muerte
y cuál de ellas viene antes o después.
Se transforma adaptándose al misterioso cambio,
eso es todo.
Transformándose,
¿cómo sabe que se está transformando?
No transformándose,
¿cómo sabe que no se está transformando?
Tú y yo, aún sin despertar de nuestro propio sueño.

En cuanto a él, su cuerpo se estremecía pero no su espíritu.
Habitó tantas moradas como mañanas tienen los días,
pero nunca le llegó la verdadera muerte.
Sólo Mengsun estaba despierto.
Cuando los hombres lloraban, él lloraba con ellos:
eso era todo.
Además, ¿cómo saber quién es este "yo" que yo digo?
Tú sueñas ser un pájaro y te elevas en los cielos.
Sueñas ser un pez y te sumerges en las aguas.
¿Cómo saber si el que habla está dormido o despierto?
Mejor que lo adecuado: la risa espontánea.
Mejor aún: confórmate a Aquello que todo lo ordena
y olvida la transformación.
Así se entra en el Cielo inmenso de la Unidad».

VIII

Yi Er Zi fue a ver a Xu You,
y éste le preguntó:
«¿Qué te ha enseñado Yao?».

«Me ha dicho:
"Observa las reglas de la benevolencia y el deber.
Distingue claramente la afirmación de la negación"».

«Entonces, ¿para qué has venido a verme? - replicó Xu You -.
Si él con la benevolencia y el deber
te ha marcado la frente
y con la afirmación y la negación
te ha arrancado la nariz,
¿cómo podrás andar libremente
por los lejanos e infinitos caminos?».

«Sin embargo, me gustaría recorrerlos».

«¡Imposible! - exclamó Xu You -.
Un tuerto no puede apreciar la belleza de un rostro.
Un ciego no puede contemplar
el verde y amarillo de los brocados».

Yi Er Zi preguntó:
«Wuzhuang perdió su belleza.
Juliang perdió su fuerza.
El Emperador Amarillo perdió su sabiduría.
Los tres fueron forjados por el Tao.
¿Cómo saber si Aquello que todo lo crea
no borrará la marca de mi frente,
no restituirá mi nariz cortada,
y persiguiendo mi transformación
no podré yo, Maestro, seguirte?».

«¡Ah! Nada sabemos - replicó Xu You -.

Te lo explicaré brevemente:
mi Maestro, ¡oh, mi Maestro!,
desmenuza los Diez Mil Seres,
pero no por eso es cruel.
Sus bondades se extienden sobre diez mil generaciones,
pero no por eso ejerce la benevolencia.
Es más viejo que la Alta Antigüedad,
pero no por eso es un anciano.
Él contiene Cielo y Tierra,
modela todas las formas,
pero no por eso es hábil.
Así es el mundo donde él habita».

«¡He progresado!» - dijo Yan Hui.

«¿En qué?» - le respondió Confucio.

«He olvidado la benevolencia y el deber».

«Eso está bien, pero aún no es bastante».

Otro día, Yan Hui volvió a ver a Confucio.

«¡He progresado!» - dijo Yan Hui.

«¿En qué?» - respondió Confucio.

«He olvidado los ritos y la música».

«Eso está bien - respondió Confucio -, pero aún no es bastante».

Otro día, Yan Hui volvió a Confucio

y le dijo:

«Me he asentado en el olvido».

«¿Qué entiendes por asentarse en el olvido?»
- preguntó Confucio asombrado.

«Abandonar el cuerpo.

Eliminar la percepción.

Alejarse de la forma.

Separarse de la inteligencia

y unirse a la Gran Interacción.

Eso es lo que yo entiendo por asentarse en el olvido».

«Unificándote, no tienes preferencias.

Transformándote, no tienes permanencia.

¡Eres un Sabio verdaderamente!

Déjame ser tu discípulo» - dijo Confucio.

X

Ziyu y Zisang eran amigos.

Hacía diez días que no paraba de llover.

Ziyu pensó:

«El Maestro Sang debe estar muerto de hambre».

Y cogió algo de comer para llevárselo.

Al llegar a su puerta, oyó a alguien gimoteando,
mientras cantaba acompañado de un laúd:

«¡Oh, Padre! ¡Oh, Madre!

¡Oh, Cielo! ¡Oh, Hombre!».

A duras penas pronunciaba las palabras,
esforzándose en cantar.

Ziyu entró y le dijo:
«¿Por qué cantas eso?».

«Me preguntaba quién es la causa
del lamentable estado en que me encuentro;
y no he encontrado respuesta.
¡Cómo mi padre o mi madre habrían podido
desear para mí una miseria semejante!
¡Cómo el Cielo que todo lo cubre
y la Tierra que todo lo sostiene
habrían podido desear para mí una pobreza semejante!
Busco pero no encuentro una respuesta.
¡A no ser que haya sido el Decreto
quien me ha reducido a este lamentable estado!».

Capítulo VII

EN CUANTO A EMPERADORES Y A REYES

I

Nie Que, el Desdentado, cuestionó a Wang Ni.
Cuatro veces le preguntó
Y cuatro veces él no supo contestar.
Así que el Desdentado, saltando de alegría,
Se lo contó a su Maestro Traje de Juncos.

«¿No lo has sabido hasta ahora? -comentó su Maestro-.
El soberano Youyu no podía equipararse al soberano Tai:
Youyu usaba su benevolencia
para atraerse a los hombres y ganar su confianza,
pero no llegó a desentenderse de las cosas de este mundo.
En cambio, el soberano Tai dormía profundamente
y se despertaba satisfecho.
Le era indiferente ser caballo que ser buey.
Su saber era real y su Virtud auténtica.
Nunca se implicó en las cosas de este mundo».

II

Jian Wu fue a ver al loco Jie Yu.
«¿Qué te ha dicho Ri Zhongshi?» - preguntó Jie Yu.
«Me ha dicho: Al que gobierna según sus propios principios,

¿quién rehusaría obedecerle y reformarse? ».

El loco Jie Yu le respondió:

«¡Falsa Virtud!

Gobernar así es como atravesar el océano,
agujerear un río, hacer que un mosquito
sostenga una montaña.

Cuando el Santo ordena, ¿ordena lo exterior?

Tan sólo se corrige a sí mismo para después actuar,
seguro de hacer únicamente lo que es capaz: eso es todo.

Para evitar la flechas, el pájaro vuela alto.
Para evitar que el hacha o el fuego le sorprenda,
el ratón de campo, en las colinas sagradas,
excava profundo su guarida.
¡Los hombres no alcanzan siquiera la sabiduría
de estas pequeñas criaturas!».

III

Alguien llamado Raíz-Celeste
se paseaba al sur de la Gran Montaña
y llegó a orillas de Río Límpido.
Allí encontró a Hombre-sin-Nombre,
y le preguntó: «¿Cómo se gobierna un imperio?».

«¡Fuera de aquí! ¡Estúpido! - exclamó Hombre-sin-Nombre -.

¡Perder el tiempo con temas tan absurdos!
Estoy a punto de ser el compañero
de Aquello que todo lo hace,
y cuando me canse,
cabalgaré de nuevo al pájaro evanescente
para volar más allá de las Seis Direcciones.
Allí, en la ciudad de la nada,
habitaré la desnuda inmensidad.
¿Cómo puedes venir a molestarme
con la manera de gobernar un imperio?».

Pero Raíz-Celeste repitió la pregunta.

Hombre-sin-Nombre respondió:
«Deja que tu corazón nade en lo insípido.
Mezcla tu soplo con lo indiferenciado.
Sigue lo espontáneo y no seas egoísta:
entonces el imperio estará en orden».

IV

Yang Ziju visitó a Lao Dan y le dijo:
«Supongamos un hombre alerta, fuerte,
de una sagacidad clara y penetrante,
estudioso infatigable del Tao.
¿Puede alguien así equipararse a un ilustre monarca?».

Lao Dan le respondió:
«Para un Santo,
ese hombre sería como un aprendiz de artesano
que carga con el peso de su cuerpo y de su espíritu.
Los tigres y leopardos atraen al cazador.
por los dibujos de su piel;
por su destreza,
los monos y los perros acaban atados en cadenas.
Ese hombre ¿puede equipararse a un ilustre monarca?».

Yang Ziju le preguntó respetuosamente:
«¿Podría yo saber cómo gobierna el imperio un ilustre monarca?».

«Sus hazañas se extienden por el mundo entero - dijo Lao Dan -,
sin que parezcan hechas por su propia mano.
Sus riquezas se esparcen entre los Diez Mil Seres
sin que los hombres dependan enteramente de él.
Se encuentra allí donde nadie puede nombrarle.
Él deja que cada uno encuentre su propia alegría.
Sus pies se posan en lo insondable
y camina allá donde la nada habita».

V

En el reino de Zheng
había un hechicero llamado Ji Xian.
Conocía de cada hombre
su nacimiento y su muerte,
su existencia y su declive,
su desgracia o su suerte,
su longevidad o su muerte prematura,
y preveía con exactitud el año, el mes,
la semana y el día, igual que un espíritu.
Nada más verlo, los habitantes de Zheng huían.
Pero cuando Lie Zi lo vio,
entusiasmado fue a ver a Hu Zi y le dijo:
«Maestro, yo creía que tu Tao era Supremo,
pero hay otro Tao aún más alto».

«¡Si yo sólo te he enseñado la forma pero no la esencia!

¿Cómo pretendes saber lo que es el Tao?
¿Es que acaso las gallinas, sin un gallo,
pueden poner huevos?
Tú te sirves del Tao para convencer al mundo.
¡Te crees alguien y un simple vidente te traspasa!
¡Tráelo aquí para que yo lo vea!».

Al día siguiente
Lie Zi llegó en compañía del hechicero.
Saliendo de casa de Hu Zi, Ji Xian le confesó a Lie Zi:
«¡Hum, tu Maestro se muere!
No resistirá más de diez días.
He visto en él algo extraño: ceniza húmeda».
Lie Zi, cuyas lágrimas mojaban su vestido,
informó a su Maestro y éste respondió:
«Hace un momento le he mostrado la formación lenta
e incesante de la Tierra.
Él no ha visto más que la fuerza interna
y obstruida de mi Virtud.
Hazle venir otra vez».

Al día siguiente, Lie Zi lo trajo de nuevo.
Después de la entrevista, el hechicero exclamó:
«¡Es una suerte que tu Maestro me haya encontrado!
¡Ya está curado y lleno de salud!
He visto su potencia contenida».

Lie Zi se lo contó a su Maestro y éste le dijo:
«Hace un momento le he mostrado el Cielo
fecundando la Tierra:
algo intangible y sin nombre.
La fuerza interna brotaba desde mis talones.
Él no ha visto más que mi inclinación hacia la vida.
Hazle venir de nuevo».

Al día siguiente Ji Xian, el hechicero, volvió.
Saliendo de casa de Hu Zi, le dijo a Lie Zi:
«Vuestro Maestro es inconstante:
no he podido leer nada en su rostro.
Cuando esté más equilibrado, volveré para examinarle».

Lie Zi se lo contó a su Maestro, y Hu Zi contestó:
«Hace un momento le he mostrado el Gran Vacío.
Ha visto la fuerza interna de mi Soplo vital en equilibrio.
Hay abismos en los remolinos que forman las ballenas.
Hay abismos en los remolinos que forman las aguas calmadas.
Hay abismos en los remolinos que forman las aguas corrientes.
Éstos son sólo tres de las nueve clase de abismos.
¡Que vuelva otra vez!».

Al día siguiente el hechicero apareció de nuevo.
Pero antes incluso de ponerse frente a Hu Zi,
ya se había ido.

«¡Alcánzale!» - dijo Hu Zi.

Pero Lie Zi no pudo atraparlo.
«Desapareció, le he perdido, no he podido alcanzarle»
- le dijo a su Maestro.

Hu Zi respondió:
«Hace un momento le he mostrado mi Principio Ancestral.

Mi vacío ondulante e inasible,
como hierba acariciada por el viento.
como ola disolviéndose en el agua.
Por eso se ha ido».

Lie Zi concluyó que aún no había aprendido nada,
y regresó a su casa, de la que no salió durante tres años.
Cocinaba para su mujer,
alimentaba sus cerdos como si se tratara de personas.
Se apartó de todas las cosas del mundo.
Abandonó la gema tallada por la piedra desnuda.
Solo e independiente como un trozo de tierra
en medio del mundo agitado.
Habitó la Unidad hasta el fin de sus días.

VI

No seas el depositario de un nombre.
No seas el guardián de tus proyectos.
No te hagas cargo de nada.
No seas detentor de la sabiduría.
Realízate en lo ilimitado,
camina por senderos sin huellas.
Acepta enteramente el don del Cielo,
sin presumir de haberlo obtenido.
Sé tú el vacío: eso es todo y basta.
El Hombre Supremo usa el corazón como un espejo:
a nadie echa, a nadie acoge,
refleja sin quedarse con nada.
Por eso conquista a los seres
sin sufrir daño alguno.

El emperador del Mar del Sur se llamaba Súbito.
El emperador del Mar del Norte se llamaba Furia.
Y el emperador del Centro se llamaba Caos.

Súbito y Furia se reunían a veces en el reino de Caos.
Éste les trataba tan bondadosamente
que Súbito y Furia decidieron recompensarle
y se dijeron:
«Todos los hombres tienen siete orificios
para ver, escuchar, comer y respirar.
Sólo él no tiene ninguno.
¡Vamos a hacérselos nosotros!».
Le abrieron un orificio cada día:
Pero al séptimo Caos murió.